

Selección



RALPH BARBY

LOCURA EN LA MADRUGADA


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

289 — La llama verde, *Clark Carrados*.
290 — Estudios sobre el miedo, *Lou Carrigan*.
291 — El difunto quiere vengarse, *Adam Surray*.
292 — ¡Ha llegado Satán!, *Clark Carrados*.
293 — Excursión al mundo del terror, *Joseph Berna*.

RALPH BARBY

LOCURA EN LA MADRUGADA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 294
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 27.413 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: octubre, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

Pulsó la tecla del magnetófono a cassette e inmediatamente, llenando la cabina del furgón, se pudo oír una música fúnebre y no era para menos. El furgón fúnebre rodaba por una carretera del Oeste de Inglaterra. La música de Bach absorbió los ruidos del vehículo y fue como si a Yiddy Foyers le pisaran el estómago, aquella música no le gustó,

Pulsó la tecla de paro, abrió el magnetófono y sacó la cinta. La arrojó a la guantera y sacó de su bolsillo una cajita de plástico rectangular. Con una sola mano, sin soltar el volante, extrajo de su interior una nueva cassette que introdujo en el magnetófono. Cerró y volvió a pulsar.

De inmediato, la trepidante música de los Rolling Stones invadió el vehículo.

Los ojos azulados brillaban bajo un pelo de panocha rojiza. Yiddy Foyers medio reía y simulaba cantar. Cualquiera hubiera dicho que era un idiota, un cretino, un loco el que iba tras el cristal parabrisas del furgón mortuorio, devorando millas y más millas de asfalto.

Según el padre de Yiddy, el muchacho no había resultado ningún prodigio de la Madre Naturaleza, más bien todo lo contrario. Su paso por la escuela había sido tan deplorable como la labor desarrollada en su primer trabajo.

Tío Theodore, un escocés alto, el más alto de la familia, había dicho a su hermano que él daría trabajo al joven Yiddy «pero tiene que obedecerme al pie de la letra» había puntualizado tajante.

El padre de Yiddy, que se mantenía con una pensión tras quedar parapléjico en un accidente de carretera, le había dicho a su único hijo, el hijo que su esposa le había dado antes de marcharse y dejarle solo: «Hijo, coges ese empleo y bregas duro con él o te largas al infierno, te alistas en el ejército o donde te dé la gana, pero no quiero verte más.»

Yiddy era medio idiota, pero no hasta el punto de pensar que en el ejército podría alcanzar alguna graduación. No pasaría de ser e] limpiabotas de los demás y optó por aceptar el trabajo que le ofrecía su tío, aunque a regañadientes. Ya desde niño se había sentido mal al tener que visitar a su tío en la funeraria.

«¡Moverse entre los muertos no gusta a la mayoría, a mí tampoco —le había dicho tío Theodore encogiéndose de hombros—, pero termina uno acostumbrándose y proporciona dinero. Todos acabamos necesitando los servicios de la funeraria a menos que estemos en guerra y si no se pasa por la funeraria, sí que es una desgracia, al menos es lo que todo el mundo piensa. Este es un negocio seguro, métetelo en la cabeza, Yiddy. Ah, si te veo reír frente a los parientes y amigos del difunto, te romperé la cara con un mazo y ya no volverás a reír jamás. No se te vaya a olvidar que esos parientes y amigos son los que pagan.»

Yiddy Foyers se había controlado; más que las amenazas de su desabrido

tío, las propinas de los familiares de los muertos eran las que le habían ayudado a contenerse.

Estar frente a un cadáver, rodeado de gente, hasta podría resultar divertido; hallarse junto a un muerto, a solas en la noche y con luz vacilante, podía ser terrorífico y Yiddy lo sabía.

Era muy imaginativo y más de una vez había tenido la sensación de que alguno de los muertos sacaba la mano del ataúd y atrapaba su propia mano. Sólo pensarlo, Yiddy se quedaba blanco y se había dicho a sí mismo que si en alguna ocasión ocurría tal suceso, él no podría moverse de pánico y quedaría muerto cuando menos de un infarto.

«Eso no puede ocurrir jamás», había asegurado su tío después de dejarle para que pasara su primera noche solo en la funeraria y con dos muertos.

Yiddy Foyers pasó su bautismo de fuego que le costó una semana de W.C., es decir, no menos de diez veces diarias tuvo que sentarse en el inodoro. Al fin, más delgado, consiguió reponerse, pero después de aquel mal trago, se aficionó a otra ciase de tragos y sin que nadie lo notara, se dedicó a beber cerveza y whisky. Todavía no era un alcohólico, pero si no se detenía en su caída por la pendiente, terminaría aterrorizado por las alucinantes visiones del delirium tremens.

—Unos tragos y música de los Rolling Stones le hacían olvidar cosas desagradables.

—¡Yiddy!

—Sí, tío Theodore.

—¡Te he dicho mil veces que me llames míster Foyers!

—Sí, míster Foyers.

—Bien. Tienes que recoger un ataúd con un cadáver dentro y trasladarlo a Saint Agnes, en la península de Cornualles. Ya están todos los permisos en regla,

—¿De verdad tengo que ir a Saint Agnes?

—Sí. Entregas el ataúd con el cadáver y que firmen los justificantes del recibo; luego, te vuelves.

—Pero, entre ida y vuelta, tengo más de seiscientos kilómetros...

—Sí, dos días.

Yiddy sabía que si su tío Theodore concretaba «dos días», tenían que ser dos días, no más.

De pronto, el furgón fúnebre comenzó a hacer extraños y a producir unos .ruidos desagradables. Yiddy detuvo el furgón metiéndose en la cuneta. Quitó el contacto y se apeó, descubriendo que acababa de sufrir un pinchazo.

—¡Puñetas!

Miró en derredor, no tardaría en oscurecer. El asfalto estaba húmedo de una lluvia anterior, él cielo plomizo y por la carretera apenas circulaban vehículos.

Buscó la rueda de repuesto que se hallaba en el mismo compartimiento que el ataúd cerrado y del que él tenía la llave. No le gusto ver el féretro, no

conseguía acostumbrarse a ellos.

«No sé por qué les tienes tanto reparo», siempre rezongaba su tío. «Al fin y al cabo, terminarás metido en uno de ellos.»

Al coger entre sus manos la rueda de repuesto, advirtió en seguida que estaba medio deshinchada o, cuando menos, le faltaba presión.

—¡Maldita sea! Y si llamo a la grúa, mi tío me descuenta el importe de mi salario, por no tener a punto la rueda de recambio.

Levantó el furgón con el gato y se dispuso a cambiar la rueda reventada por la rueda con falta de presión. Después, fue quitando el gato y el peso del furgón aplastó peligrosamente el neumático.

—Esto sólo me pasa a mí... Si por lo menos consigo llegar al próximo pueblo, buscaré un taller.

Guardó la rueda reventada y puso el furgón en marcha, notando que tenía que controlarlo con más atención debido a la falta de presión de la rueda recambiada.

Dio la vuelta a la cassette y volvió a oírse la trepidante música de los Rolling Stones.

Yiddy, agarrado al volante, hacía gestos extraños abriendo y cerrando mucho la boca y los ojos, como si estuviera en lo alto de un escenario interpretando hot-rock.

El pueblo más cercano, siguiendo por la carretera general, distaba unas veinticinco millas; en cambio, a su derecha surgía una carretera vecinal que conducía a un pueblecito que estaría a unas siete millas. No dudó en tomar la carretera vecinal para solventar cuanto antes el problema de los neumáticos, ya que temía que la rueda recién colocada pudiera reventar también.

Circuló con dificultades, temiendo salirse de la estrecha cinta de asfalto que, por otra parte, estaba muy deteriorada, como si ya a nadie le interesara su reparación.

Descubrió una luz que provenía de una especie de caserío situado a la entrada del pueblo. No tardó en darse cuenta de que aquello debía ser un bar con posada.

Frente a él varios vehículos detenidos, dos automóviles que tenían enganchadas roulottes de camping y una furgoneta tipo *trail* para viajes.

Yiddy Foyers no dudó en detenerse allí. Se apeo y empujando una puerta, entró en el bar donde parecía reinar la alegría. Cuatro muchachos y otras tantas chicas bebían, reían y se contaban cosas que, a juzgar por sus risas, debían ser jocosas; a algunos se les notaba acento extranjero.

Yiddy se acercó al mostrador, no exento de deseos de mezclarse con aquel grupo juvenil que parecía divertido,

—¿Podría decirme dónde hay un taller de reparación?

El hombre que atendía la barra, bajo y grueso, con mejillas encendidas, se sacó las manos en el mandil y respondió:

—Aquí no tenemos taller de reparaciones, pero si mi chico puede ayudarle en algo.

—Tengo un reventón.

—Eso se Jo puede arreglar mi hijo.

—¿Usted cree?

—Sí, claro. ¿Y no tiene rueda de repuesto?

—Sí, sí la tengo, pero está muy baja de presión. ¿Tienen ustedes compresor?

—No, pero mi hijo tiene una buena mancha manual para neumáticos.

—Bueno, probaremos; de todos modos no puedo marcharme sin que me solucionen el problema.

—¿Dónde está su coche?

—Es un furgón que está afuera, es gris oscuro.

—¿Tiene prisa?

—La carga ya no tiene prisa, pero yo sí, se me está haciendo muy tarde.

—Mi hijo tardará una o dos horas en volver.

—De acuerdo, mientras tomaré unas cervezas. Tenía las llaves.

—No se preocupe, mi hijo se lo arreglará.

De pronto, la puerta de la taberna se abrió de par en par. Un joven alto, cargado de carnes y con cara redonda, exclamó:

—¡Chicos, afuera tenemos un furgón de la funeraria! ¿Quién se ha muerto?

—¿Es suyo ese furgón funerario? —preguntó el posadero a Yiddy.

—Mío, no, yo sólo trabajo en la funeraria.

Una chica, con acento alemán, preguntó:

—¿Y llevas un muerto dentro?

—Una muerta.

El tabernero frunció el ceño; lo que acababa de oír no pareció gustarle y salió de detrás del mostrador... posiblemente para ir en busca de su hijo y que Yiddy Foyers pudiera largarse pronto de allí.

—Eh, ¿quieres beber con nosotros? —le preguntó une de los jóvenes; éste tenía acento francés.

Yiddy se encogió de hombros y se volvió hacia el cantinero. Al comprobar que se había marchado, tomó un vaso alargando su mano por encima del mostrador y él mismo se sirvió cerveza directamente del grifo.

Con ella en la mano, se acercó a la larga mesa en torno a la que estaban sentados el grupo de jóvenes que parecían ir de viaje.

—¿Cómo te llamas?

—Yiddy Foyers.

—¡Eh, chicos, tenemos a un escocés (*Yiddy es el diminutivo escocés de Adam*), hay que celebrarlo! Los escoceses son únicos en eso de hacer whisky!

Cerveza y whisky se mezclaron, Yiddy, divertido, absorbido por el jolgorio del grupo, no tardó en convertirse en el payaso de la improvisada fiesta, y el tiempo fue pasando.

—¡Eh, oiga, oiga! —le interpeló el tabernero.

Yiddy se volvió hacia el hombre grueso que ¡e tendía las llaves del furgón funerario.

—Ya está listo, son tres libras, más lo que ha bebido.

—Es nuestro invitado, ¿verdad, chicos? —preguntó una de las muchachas, tan bebida como las demás. Era Doris, una joven de cabellos trigueños, alta y esbelta, vestida con chaquetilla y pantalones blue-jeans; se veía alegre y despreocupada. Los demás asintieron a su petición.

—¡Gracias, gracias! —exclamó Yiddy, trabándosele la lengua.

—Tres libras y lárguese —arañó el tabernero

—Me da la impresión de que a usted le gustan los muertos tanto como a mí, ¿verdad, viejo? —le dijo estallando en una carcajada al tiempo que ponía su mano encima de la calva reluciente del tabernero.

—¡Eh, vámonos todos, todos! —gritó Leben, la muchacha alemana.

Tumbaron las sillas y arrojaron sobre la mesa unos billetes. Salieron cantando a! exterior donde la noche era húmeda y fresca, mas ellos no parecieron notario.

—Ahora —comenzó a decir René— vamos a ponernos tristes y respetuosos y nos dirigiremos al cementerio para enterrar a la muerta y le cantaremos.

—¡Eso, eso! —Aprobó Monique—. ¡Al cementerio!

—¿A cuál cementerio? —preguntó Yiddy haciendo esfuerzos por mantener los ojos abiertos.

En medio de la euforia alcohólica y posiblemente con algo de droga en alguna de las cabezas de aquellos jóvenes, subieron a los coches y le gritaron a Yiddy:

—¡Al cementerio, al cementerio con el muerto, al cementerio!

—¡Sí, sí, al cementerio!

Roncaron los motores de los vehículos y abandonaron el estacionamiento poniéndose en marcha.

Yiddy Foyers se vio iras una de las roulottes y tuvo que hacer esfuerzos para mantenerse en la cinta de asfalto, de la cual, en algunos momentos, se salía. Todos hacían eses en mitad de 1í carretera.

Yiddy Foyers volvió a poner la cassette de los Rolling Stones y comenzó a cantar a voz en grito dentro de la cabina. Para dar más fuerza a su disloque mental, comenzó a dar bocinazos mientras ponía el magnetófono a todo volumen.

Los otros vehículos respondieron a claxonazos y así rodaron algunas millas sin cruzarse con nadie. Se salieron de la carretera y se detuvieron todos en batería, iluminando de lleno la puerta herrumbrosa de un pequeño cementerio que, por su aspecto, cualquiera podía pensar que estaba abandonado.

—¡Sacad un par de palas y un pico, hay que abrir la puerta! —gritó Bob, el grandullón del grupo.

Se agarraron a la puerta de hierro y la sacudieron, haciéndola gruñir. Yiddy los contemplaba a través del cristal parabrisas y se reía a carcajadas.

Forzaron la puerta a golpes y en medio de escandalosos chirridos entraron en el pequeño cementerio. René, el francés, gritó:

—¡Kay que cavar una tumba, vamos a cavar una tumba para dar sepultura al muerto!

—A la muerta —corrigió Monique.

Yiddy vio desaparecer a los muchachos dentro del cementerio y también a las cuatro chicas, aunque ellas volvieron a salir.

—¡Eh, sal, vamos, vamos! —le gritó Marissa.

Yiddy abrió la portezuela del furgón y la música de la cassette escapó incontenible. Abajo se pusieron a bailar y Yiddy hizo lo mismo sacudiendo la cabeza y diciéndose qué aquélla era su noche de suerte.

—Se acabó la música, se acabó... ¡Anda, pon más música, vamos! —le pidieron.

Yiddy trepó de nuevo al interior de la cabina del furgón y pulsó la cassette, más ésta no sonó. Abrió el pequeño magnetófono, quitó la cinta y palpando, encontró otra que metió torpemente en su lugar.

—¡Ahora, ahora bailaremos !

La música estaba tan lejos de los Rolling Stones como la noche del día, y las muchachas, tras quedarse quietas, estallaron en ruidosas carcajadas. Después, abuchearon a Yiddy, que acabó riéndose también.

Yiddy, si en algún momento pensaba, era para decirse que lo que le estaba ocurriendo era lo mejor que le había sucedido jamás, verse rodeado de cuatro espléndidas chicas que le reían, le cantaban, le abucheaban.

—¡Que se quite tos pantalones, que se quite los pantalones ! —comenzó a cantar la germánica Leben.

Yiddy, al observar que la petición era coreada por las otras tres muchachas, comenzó a negar con la cabeza mientras se agarraba al cinturón. No estaba nada lúcido y, a pesar de todo, temía lo que pudieran hacer con él las cuatro chicas bebidas y hasta es posible que alguna de ellas drogada.

—¡No, no, no! —replicó con su voz ya estropajosa mientras se le redondeaban aún más sus azulados ojos bajo el pelo de panocha rojo.

—¡A por él, compañeras!

Yiddy echó a correr, Borracho como estaba, tropezó y fue contra el suelo. Las chicas se le echaron encima y le arrancaron los pantalones.

—¡Socorro, auxilio! —pidió Yiddy sin fe en obtener ayuda.

Las muchachas se contentaron con llevarse sus pantalones cantando y dando saltos mientras del furgón fúnebre escapaba la música de Bach que resultaba todo un contraste con lo que estaba sucediendo.

Leben, la alemana, más alta que sus compañeras, con los brazos levantados hacía tremolar las perneras de los pantalones al viento, como si llevara consigo una bandera. Rodeó las roulottes y Yiddy Foyers les vio abrir el furgón y de su interior sacaron el ataúd que se llevaron a hombros hacia el interior del cementerio.

—¡Eh, que es mío, es mío! —gritó Yiddy incorporándose torpemente.

Cuando llegó a la puerta, a lo lejos y merced a la claridad de un plenilunio que conseguía filtrar sus rayos, a través de las nubes, vio como descendían el

ataúd al interior de la fosa recién cavada.

Se escuchó un golpe sordo y luego comenzaron a echarle encima paladas de tierra. Las cuatro muchachas, como si estuvieran en un verdadero aquelarre, danzaron alrededor de la tumba.

Yiddy ya no sabía si reír o gritar. Se acercó a la sepultara donde se había organizando la orgía macabra, cayó y siguió a patas. Notó que se le subían encima y le hacían avanzar como si fuera una bestia de tiro. Yiddy se rió y lo empujaron.

Otra vez cavó al suelo y la muchacha que se le había subido a la espalda, también. Yiddy logró llegar hasta la fosa y metió su mano en ella, pero continuaron echando tierra, y a él, la noche se le hizo más y más negra.

Tuvo sensación de que le empujaban al interior de la sepultura y caía y caía sin llegar jamás al fondo mientras arriba reían y reían.

CAPITULO II

Cuando Yiddy Foyers movió su cabeza, sintió un dolor tan intenso que tuvo la impresión de que querían abrirle el cráneo con un hacha. El dolor se extendió por delante de su frente hacia atrás, hacia la oreja izquierda, como si trataran de partírsela en dos. Torció el gesto y apretó los párpados, mezclando las pestañas superiores con las inferiores. Un par de lágrimas asomaron entre ellas.

Se estremeció de arriba abajo con una gran sensación de frío. Separó los párpados y vio mitad cielo y mitad tierra, un cielo grisáceo y una tierra suelta y tan húmeda como sus ropas,

—¡Puñetas! ¿Dónde estoy?

Sacudió la cabeza.

—¡Ayyyyy!

Tuvo que sujetársela entre las manos mientras se sentaba en el suelo. Hacía mucho tiempo que no tenía un despertar tan desagradable

Paseó su mirada en derredor, sin abrir mucho los ojos, ya que cuanto más agrandaba los ojos más se agudizaba aquella terrible jaqueca que le .doblegaba.

Se vio en un pequeño cementerio con el suelo plagado de hierbajos. No había cruces y sí lápidas, algunas estaban inclinadas y otras caídas. El aspecto total era el de un recinto abandonado.

Sacudió la cabeza de nuevo y volvió a notar un fuerte dolor en el cráneo. Pese a ello, recordó algo aunque no estaba muy seguro. Se levanto y tirados entre unas matas descubrió sus pantalones. Se los puso y salió corriendo por la puerta abierta de par en par.

Quedó frente al furgón fúnebre y, más tranquilizado, expulsó el aire de sus pulmones; en un principio temió que hubiera desaparecido. Abrió la portezuela de la cabina de conducción y comprobó que las llaves estaban en e! contacto. Rodeó el vehículo y al llegar atrás, abrió la doble puerta y miró hacia el interior.

—¡Maldición, la muerta!

El ataúd había desaparecido. Se palmeó la frente y salió corriendo de nuevo, esta vez hacia el interior del cementerio. Saltó por encima de una lápida para no tropezar con ella y al fin, quedó detenido ante lo que sin duda alguna, era una tumba sin lápida.

La tierra estaba removida era una sepultura muy reciente. Se arrodilló y con las manos empezó a cavar hasta que se dio cuenta de que, pese a que la tierra estaba suelta, iba a ser un trabajo ímprobo sacarla para recuperar el ataúd que debía entregar a unas cien millas de donde se hallaba.

Se marchó de nuevo al furgón y buscó en su interior. No tenía ninguna pala, era absurdo que la buscara. El no la necesitaba, ya que no era sepulturero sino simplemente un empleado de pompas fúnebres.

Se llevó las manos a la cintura y movió la cabeza de un lado a otro, como buscando en su masa encefálica una solución para su problema.

La muerta se había ido demasiado pronto al interior de la tierra y aunque a él, particularmente, le daba lo mismo que se quedara allí o en otra parte, suponía que a los familiares sí les importaría y reclamarían a las autoridades.

Se había metido en un buen lío por culpa de la bebida y tenía que salir del atolladero cuanto antes mejor.

Subió al furgón, puso la marcha atrás y retornó a la vieja carretera que conducía a la costa, una costa llena de peñascos y acantilados muy abruptos, un lugar inhóspito y gris donde apenas crecían árboles y si crecían, estaban inclinados y achaparrados, como domeñados por los vientos atlánticos.

Si seguía la carretera, encontraría un tugar habitado, se dijo; mas, apenas había recorrido dos millas cuando entre los peñascos y frente al mar espumeante descubrió unos automóviles y unas roulottes.

—¡Ahí están!

Se salió de la carretera dando tumbos en dirección a los acampados junto a los cuales llego tocando el claxon. No había nadie afuera, todos debían estar durmiendo dentro de las roulottes y la furgoneta.

Saltó al suelo y corrió hacia una de las roulottes. Cogió la manecilla y trató de abrir la puerta, mas se le resistió, debía tener una llave o un cerrojillo interior.

Yiddy golpeó furiosamente con las palmas de sus manos, haciendo que la roulotte se moviera.

—¿Qué pasa, qué pasa? —inquirió la voz de la alemana Leben,

—¡Mi muerta, mi muerta!

Leben abrió una de las ventanas y sacó la cabeza, somnolienta.

—¿Qué pasa? Ah, sí es el sepulturero.

—¡Enterrasteis a mi muerta y tengo que llevármela!

—Sepulturero, es muy temprano, tenemos sueño.

—¡Una pala, una pala! —pidió Yiddy a gritos.

—¿Qué pasa? —inquirió el grandullón Bob saltando tambaleante de la furgoneta, «Mercedes-Benz» donde dormía.

—¡Una pala! ¡Habéis enterrado el ataúd con la muerta en ese cementerio que hay a milla y pico de aquí! —Señaló hacia la carretera que bordeaba la costa peñascosa y hostil.

—Pues si ya la enterramos, ¿qué demonios quieres ahora? ¿No es lo que se tenía que hacer? —gruñó Bob bostezando, pasándose las manos por los ojos.

—¡Es que no tenía que enterrarla en ese cementerio! Y volvió a señalar en la dirección por la que acababa de llegar.

—¿Y qué le pasa a ese cementerio, no es como los otros?

—No lo sé y me importa un rábano, pero yo tengo que entregar el ataúd con el fiambre dentro a la familia de ahora no recuerdo qué pueblo, tengo el nombre escrito en los papeles, y si no lo entrego me van a acusar de ladrón de cadáveres.

—Eh, ¿habéis oído lo que dice este panocha? ¡Dice que además de sepulturero es un ladrón de cadáveres, y yo que creía que eso era cosa de las películas de terror!

—¿Ya está bien! Quiero una pala, luego ya veré como limpio el ataúd de tierra. Espero que no lo hayáis arañado con piedras, sois unos bestias.

—Pues tú bien que te reías ayer —rezongó Leben volviendo a asomar su cabeza por la ventanilla de la roulotte cuya puerta se abrió y aparecieron Monique, Marissa y Doris.

—Dale una pala —pidió Doris—. Si ayer nos divertimos a su costa, es justo ahora que le prestemos una pala.

—Pero que la devuelva, ¿eh?

—Sí, y no estaría de más que un par vinierais a ayudarme a sacar el ataúd de la fosa, yo solo no voy a poder.

—No te fastidia, estamos todavía sin desayunar —protestó Bob.

—Tú y René podéis ir a ayudarle —dijo Doris.

—Bueno... ¡Reneeé! —gritó Bob comenzando a balancear la roulotte donde dormían sus compañeros de viaje y acampada.

René salió por la puerta gruñendo.

—¿Qué pasa, estamos en el mar?

—¡Hay que sacar el ataúd del cementerio!

—¿Qué?

—Sí, sí, vosotros los enterrasteis y yo tengo que entregarlo. Si por mí fuera, se podía quedar donde está, pero tengo que entregarlo, es mi responsabilidad.

—¡Ya lo habéis oído, es su responsabilidad! —se rió Leben.

Doris, alta, esbelta, más comprensiva, de largos cabellos del color del trigo maduro, dijo:

—Es culpa nuestra lo que pasó. Bebimos demasía do. No creas que nos emborrachamos siempre, pero hay veces que eso pasa, claro que tú también estabas bebido.

—Hubo droga ayer noche también, ¿verdad?

—No tomamos droga —advirtió Doris. Luego, algo dubitativa, puntualizó —: Por lo menos, yo no la tomo; si alguien la toma es cosa suya.

—Está bien, ha sido una noche de diversión macabra, pero ahora hay que recuperar el ataúd con el cadáver. Ya es de día y llegaré tarde a la entrega y vosotros no conocéis a mi tío, él no debe enterarse de esto.

—¿Tu tío? —preguntó Monique con su agradable acento francés.

—Sí, mi tío, e! propietario de la funeraria. Es un tipo que me revienta, pero es el único que me ha dado trabajo.

Bob buscó una pala y cogiendo a René por el brazo, se lo llevó sin que éste se diera exacta cuenta de lo que ocurría. Yiddy saltó al volante de la furgoneta y volvió a ponerla en marcha.

—Chicas, ¿vamos a ver el espectáculo? —propuso Marissa.

—Yo no voy —advirtió Leben.

—Yo sí —aceptó Monique—. Menuda gamberrada hemos hecho.

—Sí, una gamberrada —musitó Doris—. Antes, cuando alguien moría, se le enterraba donde mejor se podía, ahora todo está legalizado y cada muerto debe ir a su cementerio correspondiente. Ese cabeza de panocha tiene razón, va a tener muchos problemas si no presenta a la muerta. Vamos a verle.

Cogieron uno de los coches y sin preparar nada, tal como iban, subieron a él.

Monique se puso al volante y enfilaron hacia e! cementerio. Cuando llegaban, Yiddy, el cabeza de panocha como le llamaban, había comenzado a sacar tierra con briosas paladas. Comenzó a sudar y pasó la pala a Bob, advirtiéndole:

—Cuando topemos con la caja, no des fuerte, no hay que arañarla. No sabéis al precio que se han puesto estas latas de sardinas y si me la hacen cambiar, voy a estar dos meses sin cobrar mi salario.

Las chicas dejaron el coche junto a la furgoneta y se fueron acercando. Comenzaron a notar el frío de la húmeda mañana, deseando tener sobre sus cuerpos las prendas de abrigo que habían quedado en !a roulotte.

Doris desvió su mirada hacia el Oes fe y por encima de la tapia baja del cementerio, divisó el mar. Podía ver claramente como emergían peñascos submarinos que asomaban sus amenazadores cantos capaces de partir las embarcaciones. Algunos podían considerarse como pequeños islotes. En realidad, aquélla era un área de islotes y la navegación se hacía prácticamente imposible.

Las olas pasaban de un peñasco a otro saltando sobre ellos que, no deseando ser cubiertos, arañaban las olas, naciéndolas espumear como si se desangraran.

Por unos instantes, el rumor llegó nítido y claro hasta sus oídos, dándose cuenta real de lo próximo que estaba aquel cementerio del océano, siempre tumultuoso y amenazador, formando mil corrientes entre las rocas donde sólo seres muy primarios, capaces de adherirse a las piedras con ventosas, podrían subsistir.

Tuvo la impresión de que entre el furioso rumor de las olas que se partían en los peñascos, multiplicándose en otras más pequeñas, se elevaban unos lamentos ululantes, Quiso mentalizarse de que se trataría del viento, mas no hacía viento. Era una mañana brumosa, gris, pero sin viento, una mañana que enfriaba los huesos de los seres humanos. Doris se dijo que aquel era un mal cementerio para descansar por toda la eternidad.

Se escuchó un ruido distinto de los que había estado oyendo hasta aquel momento y se sobresaltó.

—¡Ya está, ya la tenemos! —exclamó René, que era el que estaba cavando en aquellos momentos.

—¡Ah!

—¿Qué te pasa, chica? —le preguntó Marissa.

—No sé, debe ser el sueno y la resaca —respondió Doris.

—Con cuidado, con cuidado —pidió Yiddy—. Hay que evitar que se arañe el ataúd.

—No te preocupes, hombre. Si hace falla, te compramos un bote de barniz y le damos una pasada —propuso René—. Luego olerá a nuevo.

—No seáis brutos —les dijo Monique.

Con cuidado, fueron limpiando alrededor del ataúd y Bob comentó en voz alta:

—Menos mal que no cavamos la fosa profunda, ¿eh?

—Sí, está poco profunda, normalmente es el doble de honda —opinó Yiddy.

—¿Habéis oído lo que dice el técnico? — Indicó René—. La próxima vez hay que cavar más hondo. Uf, menos mal que ahora la tierra estaba blanda, pero ¿por qué diablos se nos ocurriría enterrar este ataúd aquí?

—Fue cosa vuestra —les acusó Yiddy, malhumorado.

—¿Nuestra? —Brincó Bob—. ¡Si nosotros no sabíamos nada hasta que apareciste tú con tu furgón de fiambres!

—Bueno, a ver si lo sacamos —propuso René, arrodillándose junto a la fosa para coger el féretro por una de las asas. Bob y Emil hicieron lo propio y René gritó:

—¡Una chica que coja del asa que falta, vamos!

Las tres se miraron, indecisas. Fue Doris quien se ofreció y entre los cuatro levantaron el ataúd.

—Pues no pesaba demasiado la pobre —comentó Bob.

Doris puntualizó:

—Es que somos cuatro a levantarla.

Sacaron el ataúd de la fosa y lo depositaron en el suelo. Con las manos, Yiddy le fue quitando la tierra de encima.

—Hay que limpiarlo, hay que limpiarlo, está hecho un asco.

Monique, con su delicada voz de francesita fina, preguntó:

—¿Y el cadáver no se habrá estropeado?

René, su compatriota, respondió:

—Si cierra bien, la tierra no puede entrar. Además, no ha llovido. Si hubiera llovido, sí habría podido filtrarse dentro el agua enfangada. Bajo tierra, algunos ataúdes se deben llenar de agua fangosa. ¿No es cierto, sepulturero?

—No soy sepulturero, soy empleado de pompas fúnebres que es diferente, y no sé si los ataúdes bajo tierra se llenan de agua fangosa, no los he sacado nunca. Es la primera vez y como tengo que entregar el cadáver en perfecto estado, vamos a ver qué tal está,

—No irás a abrirlo ahora, ¿verdad? —preguntó Marissa, algo asustada.

—Sí, aquí tengo la llave.

La mostró, sacándola de uno de sus bolsillos, y la introdujo en la cerradura del féretro, haciéndola girar,

—El que no quiera, que no mire —observó René,

—Si es una chica, no la habréis enterrado desnuda, ¿eh?

—No seas macabro, Bob —le cortó Doris.

Yiddy no esperó más. Levantó la tapa y sus párpados semejaron paralizarse, no parpadeó en absoluto. Los ojos se le quedaron fijos y redondos, muy redondos por el asombro. De su garganta brotó una exclamación aguda y rota:

—¡No está, puñetas, no está!

Bob también quedó perplejo. No era un hombre que pensara demasiado y dejó que los demás hablaran por él. René se agachó y palpó el interior del ataúd.

—¿Seguro que estaba aquí dentro? —preguntó con voz queda mientras las muchachas se acercaban, interesadas.

—Seguro, claro que sí. ¿Qué habéis hecho con la muerta!

—Nosotros no la tocamos para nada —dijo Bob sacudiendo la cabeza.

—Pues, ¿dónde está? ¡Los gusanos no han tenido tiempo de comérsela! —rugió Yiddy fuera de sí.

—¡Espera, espera! —gritó René conteniéndolo, cogiéndolo por los brazos al verlo al borde de un ataque de nervios.

—Yo no me acuerdo bien —musitó Monique—, fue una noche horrible.

—Vaya forma más estúpida de divertirnos que tenemos —se lamentó Doris.

—Si el cadáver estaba dentro del ataúd cuando lo enterramos, ¿cómo es posible que ahora no esté? —preguntó Yiddy Foyers, pasado su primer ataque de rabia.

—¿Es que los muertos se van andando?

—Algunos dicen que sí —dijo de pronto una voz desconocida. Casi de inmediato, el relincho de un caballo les sobresaltó.

Absortos como estaban ante lo sucedido, no se habían percatado de la arribada de un jinete a lomos de un caballo herrado con herraduras de goma y que sobre la tierra mojada apenas hacía ruido.

—¿Quién eres? —preguntó Doris volviéndose hacia aquel hombre joven, algo delgado, de ojos profundos y azules. Tenía un cabello largo, castaño oscuro, que le daba un aire casi mítico.

—Me llamo Arthur, lo demás, poco importa, pero me han contado algunas historias sobre estos parajes de la costa inglesa y también de este cementerio.

—No irás a decir que sobre este cementerio se cuentan historias fantásticas de encantamientos y terrores —casi se rió Doris.

—¡Mi muerta, necesito a mi muerta! —gimoteó Yiddy.

—Mirad, mirad al mar, allí donde las brumas se levantan, más allá de los espumeantes peñascos marinos...

—¿Qué hay más allá? —preguntó Monique.

—¿No veis nada extraño? —inquirió el jinete recién aparecido.

—Sí, veo algo oscuro. ¿Es un islote?

A la pregunta de Doris, Arthur respondió:

—Aquí, el mar tiene poca profundidad. Allá hay una especie de islote, es cierto, y es un islote que aparece y desaparece según las mareas que en este lugar son muy fuertes.

—¿A qué viene esa historia de las mareas cuando lo que falta es un cadáver que ha desaparecido? Tengo que llamar a la policía —advirtió Yiddy.

—Espera, espera —le pidió René. Mirando a Arthur, pregunté—: ¿Qué sabes tú de todo esto?

—Insisto, dicen que ese islote tiene mucha importancia. Yo quiero ir hasta él en mi caballo, es un capricho que tengo.

—¿Con caballo? Imposible —exclamo Doris—, está el mar.

—Dentro de dos días tendremos una gran marea muerta.

—¿Gran marea muerta? —repitió Monique, desconcertada.

—Sí, marea alta es cuando suben las aguas, pleamar es cuando la marea llega al máximo de altura. Marea baja es cuando las aguas se retiran y en la gran marea muerta, quedan al descubierto playas y peñascos. Las aguas se retiran por unas horas, luego vuelven a subir. En ese islote hay un caserón, casi castillo, muy antiguo. Está siempre medio cubierto por las aguas. No se puede llegar hasta él en barca cuando el mar bate contra las rocas que es casi siempre. Sólo cuando las aguas se retiran por completo, lo que sucede cada ocho años, se puede llegar hasta allí a pie.

—¿Un castillo encantado en el mar? —quiso reírse Monique.

—No sé si está encantado o no, sólo sé que en muchos lustros nadie ha llegado allí que yo sepa. Parte de él, ya os lo he dicho, se encuentra invadido por las aguas y está inaccesible por los peñascos que impiden que los botes puedan acercársele. Dentro de dos días tendremos la gran marea muerta y las aguas dejarán todo el caserón al descubierto. Se podrá visitar y después, antes de que suba el agua, hay que marcharse porque quien se quede allí sólo podrá escapar en helicóptero, si es que logra llamar la atención de alguien para que pueda avisar al servicio de guardacostas.

—¿Y nadando? —preguntó Doris.

—Es la muerte segura contra esos peñascos de cantos tan afilados por la acción del agua. Más de un bañista ha dejado sus carnes enganchadas en esas rocas que hacen de este lugar una playa mortal, una playa a la que nadie viene.

—¿Y toda esta historia qué tiene que ver con la desaparición del cadáver de éste? —Bob señaló a Yiddy con el pulgar.

—Cuentan que los muertos de este cementerio viven en ese caserón que está en el mar, bañado por las aguas. Si dices que ha desaparecido una mujer enterrada en este cementerio, si hemos de hacer caso de lo que cuentan, la mujer estará en e! caserón.

Yiddy quedó anonadado mirando el caserón que apenas se veía debido a la bruma y que estaría casi a doscientos metros de la orilla de la playa. Parecía increíble que toda aquella porción de mar llegara a retirarse en una fuerte marea baja para dejar expedito el camino hacia el pequeño castillo levantado

en el islote.

—No creerá de verdad en esas historias... —objetó Monique mirando a Arthur con sus cálidos oíos castaños.

—Ni creo ni dejo de creerlas, pero dentro de un par de días, de madrugada, cuando la marea comience a bajar palmo a palmo, estaré aquí con mi caballo y a medida que el mar se retire, iré avanzando. Así llegaré al caserón y lo visitaré, creeré lo que vea con mis propios ojos.

—¡Eso es una estupidez! —Gritó Yiddy—. ¡Una estupidez! ¿Cómo se va a ir si estaba muerta?

—Sólo digo lo que cuentan en las aldeas próximas a este lugar. Os aseguro que a nadie de por aquí se le ocurre sepultar a sus parientes en este cementerio, está maldito.

—Eso podemos desmentirlo en seguida —gruñó René.

—¿Cómo?

—Descubriendo otra tumba

—Eso es un desafío —les advirtió el jinete que permanecían en lo alto de su hermoso caballo hunter de pelaje gris.

—Bob, ¿qué te parece? ¿Cavamos otra tumba para demostrarle a este tipo que es un cuentista? —propuso René.

—Sí, ¿por qué no?

—¿No habréis enterrado a mi muerta en otra parte? —preguntó Yiddy.

—Vamos, tú mismo, sepulturero cabeza de panocha, escoge la tumba que más te guste y la abriremos —masculló Bob.

Yiddy miró en derredor y, de pronto, se ratificó:

—Es que el ataúd que yo traje era este mismo, lo que falta es lo que iba dentro.

—Escoge otra tumba —insistió René.

—Pues, esa de ahí al lado —señaló Yiddy Foyers.

—¡A cavar se ha dicho!

Doris se estremeció:

—¿Vais a profanar una tumba?

—¿Qué más da? Si está bien, la volvemos a tapar y dejamos descansar al fiambre de nuevo —replicó Bob que ya no parecía intimidado sino incluso divertido.

Arthur se apeó del caballo. Mirando a Yiddy le preguntó:

—¿Eres pariente del desaparecido?

—No era desaparecido sino desaparecida, una mujer de veinte años.

—Qué joven —exclamó Monique—. No lo sabía.

—Soy empleado de pompas fúnebres y tengo que entregar el cadáver en Saint Agnes. Si no llego antes de unas horas pensarán que he sufrido un accidente por el camino y empezarán a buscarme.

Bob y René, turnándose, habían comentado a cavar con fuerza.

—Si vas a la aldea, no digas que has enterrado a alguien aquí y que luego ha desaparecido, porque te van a responder que busques el cadáver en el

caserón.

—Eso es absurdo. Nadie puede creer en serio que los muertos salgan de sus tumbas para marchar a un caserón anegado por las aguas y que halla en e! mar —observó Monique.

—Nos está liando —se quejó Marissa,

—¿Tú eres de aquí? —le preguntó Monique.

—No, soy de Londres, pero trabajo en una editorial de Edimburgo. Tengo una tía anciana y soltera aquí cerca, en la aldea, y en ocasiones vengo a pasar las vacaciones con ella. Para que esté contento siempre tiene un caballo porque sabe que me gusta la equitación.

—¡Hoy día, con los coches, los caballos resultan un poco arcaicos, ¿no? —comentó Marissa.

—No por aquí. Es un placer cabalgar por sitios donde los coches no pasan. Estos días de vacaciones suelo pasear cerca de la costa y voy vigilando el caserón.

—Entonces, ¿tú eres el heredero de tu anciana tía? —preguntó Yiddy.

—Sí, pero no deseo que se muera. No tengo penuria económica, no soy un hombre codicioso y en la editorial me voy defendiendo.

—Me da la impresión de que tú tienes un interés muy especial por este lugar, ¿verdad? —preguntó Doris, inquisitiva.

—Quizá. —Miró hacia el caserón, ahora casi completamente oculto por las brumas que se desplazaban lentamente, algodonadas—. Dicen que algunas noches llegan hasta aquí los llantos de los muertos que, atraídos por la enigmática fuerza del caserón, viven allá.

Doris recordó que había tenido la desagradable sensación de escuchar como lamentos ululantes la noche anterior.

—Esto está muy hondo —gruñó Bob que seguía cavando con fuerza.

—Todo esto debe ser una leyenda fantástica, como tantas leyendas que circulan por ahí y que no tienen nada de ciertas.

—Las leyendas siempre tienen algo de cierto —corrigió Arthur—. En realidad son historias distorsionadas a través del tiempo, al pasar de boca en boca y por los intereses o deseos de quienes las transmiten, pero siempre tienen algo de verdad.

—Nosotros también estamos de vacaciones —explicó Marissa, espontánea, deseosa de congeniar con aquel hombre joven de rasgos viriles y a la vez atractivos.

Arthur debía ser muy inteligente y además tenía un aire casi místico que él no provocaba y que atraía a las mujeres.

—Cabeza de panocha, no, él es el único que trabaja. Nosotros nos dirigimos hacia el faro de Longships Rock y allí alquilaremos un bote y llegaremos hasta las islas Scillies; dicen que soy muy hermosas.

—Lo son de veras. Están como a veinte millas del faro y hay focas y aves marinas. Las he visitado en varias ocasiones.

—Nosotros somos artistas, de una escuela de París. Somos ingleses,

alemanes, italianos y franceses, una buena mezcla, y nuestro grupo ha escogido este recorrido para al final hacer unos trabajos de pintura y cerámica en las islas Scillies —explicó Doris.

—Será muy interesante, iré a veros, aunque me parece que no os alejaréis de aquí por ahora.

—¿Por qué no? —preguntó Bob, secándose el sudor y pasándole la pala a René.

—Porque pronto desearéis quedaros aquí para ver de cerca ese caserón que está en el mar. Si queréis pintar o hacer algún trabajo artístico, difícilmente se os presentará una oportunidad semejante. Estoy seguro de que desearéis quedaros para descifrar el enigma del caserón y hacer algo artístico sobre él, claro que también puede ser que luego salga algo fantástico o macabro, no lo sé, pero el arte macabro también tiene su valor. He visto reproducciones de cuadros de un pintor español llamado Solanas que son verdaderamente terroríficas y, al mismo tiempo, están cargadas de arte.

—Yo creo que estaremos mejor en las islas Scillies —gruñó Bob—, Estamos acampados cerca de aquí y esta tarde proseguiremos viaje. Ayer noche bebimos mucho y acabamos borrachos.

Yiddy explicó lo ocurrido como mejor pudo mientras René cavaba. Al fin, gritó:

—¡Ya he dado con un ataúd!

—Yo no quiero verlo —advirtió Marisca volviendo sus ojos hacia el mar, hacia el caserón que aparecía y desaparecía tras la bruma que se desplazaba sobre las aguas.

Doris murmuró:

—Me parece una monstruosidad abrir ese ataúd ahora.

—No sabemos ni quién pudo ser enterrado aquí —la calmó Arthur—. Sólo veremos y luego lo sepultaremos de nuevo.

—Está claveteado, ¡qué hacemos? —inquirió René.

Arthur explicó:

—Este cementerio, cuando hay una gran pleamar, queda sumergido, incluso la carretera queda bajo las aguas en estos días excepcionales. No me estoy refiriendo a las pleamares de cada año, sino a las que se producen cada ocho años. Entonces, queda inundado por aguas y también la carretera.

—Así se comprende su mal estado —masculló Yiddy.

—Vengo a referirme que si e! agua del mar lo inunda de vez en cuando, el agua se filtrará a través de la tierra y pasará a los ataúdes, por eso es fácil que los herrajes estén rotos.

René puso la pala cerca de la cerradura y no tuvo que hacer mucha fuerza para abrir el ataúd. Ya levantada la tapa, exclamaron:

—¡Está vacío, está vacío!

—Estaba seguro —dijo Arthur sobre su caballo— Ya sé que es muy duro creer según qué cosas que son indemostrables, pero... Nadie de la aldea entierra a sus muertos en este cementerio maldito. Si os habéis fijado, no ha

crecido un solo árbol, sólo hierbajos que desaparecen y vuelven a aparecer.

—¡Espere, espere...! —Gritó Yiddy—. ¿De veras la muerta de mi ataúd está en el caserón?

—Yo no puedo asegurar tal cosa, sólo digo que por aquí circulan extrañas leyendas y las leyendas nacen en los rescoldos de las historias verdaderas.

Hizo girar el caballo y levantando la mano a modo de despedida, les dijo:

—Nos volveremos a ver.

Se alejó al trote, dejándoles anonadados frente a dos ataúdes vacíos.

CAPITULO III

Con su furgón fúnebre, Yiddy Foyers se había unido al campamento de los jóvenes artistas.

Se hallaba tendido en el suelo, con las manos cruzadas bajo la nuca. Estaba enfurruñado y no sabía cómo resolver el problema en que se había metido. De una cosa estaba seguro y ésta era que no podía llamar a su tío diciéndole que había perdido el cadáver en un cementerio desconocido, después de que en una orgía en honor a Baco lo habían enterrado en un extraño cementerio que, según los aldeanos del lugar, estaba maldito.

—No te habrás creído que los muertos se van de sus tumbas al caserón que está en el mar, ¿verdad, pelo de panocha? —preguntó Leben con su fuerte acento germánico que no le restaba atractivo.

—Yo no sé qué pensar, pero verás como al final mi tío la organiza. Llamará a la policía y comenzarán a buscarme por ladrón de cadáveres. ¿De veras no lo enterrasteis en otra parte?

—No recuerdo bien, yo había bebido mucho.

—Ya, y seguro que encima te fumaste un «porro».

—No, no, yo no fumo marihuana.

—¿No? Pues ayer estabais locos de atar.

—También tú.

Yiddy tosió y estornudó.

—Encima, me voy a morir de pulmonía. Me dejasteis sin pantalones, tirado en el suelo, mientras vosotros os metíais en vuestros caracoles con ruedas.

—Yo puedo darle un poco de jarabe, pelo de panocha.

—¡Ya está bien tanto panocha, panocha, a ver si te doy otra panocha!

—¿Tuuú? —La chica se rió y le agitó el pelo con su mano. Leben era más alta que Yiddy e incluso tenía los hombros más anchos; sin embargo, seguía siendo una bella walkyria

—¿Qué, nos marchamos o no? —preguntó Bob.

—¡No os podéis marchar de aquí ahora! —gritó Yiddy saltando en el suelo, cogidas sus piernas con las manos.

—El problema es tuyo —advirtió Bob— La muerta no era nuestra. —Se echó a reír, más nadie le secundó.

Doris le recriminó:

—Eres un bruto, Bob.

—Si os vais, llamo a la policía.

—Oye, a mí no me metas en líos —le advirtió Walker, también alemán como Leben.

—Nosotros no sabemos nada de la desaparición de la muerta —rezongó Danny.

—Eso ya lo decidirá la policía —casi cantó Yiddy, encogiéndose de

hembras.

—Mirad éste, pues no quiere ahora liarnos a todos... —se molestó Marissa.

—Si es cierto que ha desaparecido un cadáver, debemos ayudarle a recuperarlo —opinó Doris.

—Tiene razón. Todos estábamos borrachos, una mala noche la tiene cualquiera, pero esa desaparición es tan fantástica que no se lo iba a creer la policía,

René intervino.

—¿Y cómo podemos recuperar el cadáver, creyendo en las fantasías de ese tipo del caballo?

—¿Ese tipo? —Repitió Marissa—. Pues, vaya tipo... ¿Verdad, chicas? ¡Está de miedo!

—Miedo es lo que trata de meternos en el cuerpo —se lamentó Yiddy.

—A mí me parece un sujeto muy interesante —opinó Monique.

Leben, Marissa y Monique miraron a Doris que no se había definido respecto a Arthur. Esta, al sentirse interrogada con la mirada, respondió:

—A mí también me parece un sujeto interesante, pero creer en muertos que abandonan sus tumbas para ir hacia un caserón que se halla en el mar... Creo que nos estamos dejando influir demasiado por este ambiente que hay aquí, por la bruma. Estamos a finales de junio y nadie Jo diría, hace frío. El cielo se llena de nubes y es posible que esta noche tengamos tormenta.

—A mí, dos días me parecen mucho, pero como no aparece la muerta, me quedo aquí hasta que sea posible llegar a ese caserón con la gran marea muerta —puntualizó Yiddy.

—¿De verdad crees que encontrarás a la muerta del ataúd en el caserón del mar? —inquirió Doris, incrédula.

Había hecho un esfuerzo para evadirse del extraño ambiente que se respiraba en la zona y que se pegaba al cuerpo como algo viscoso, húmedo y desagradable.

—Yo tampoco acabo de creerme que los muertos se vayan de! cementerio; quizá ese tipo del caballo del que habéis hablado nos esté preparando, quizá se esté riendo de nosotros —aventuró Danny.

—¿Por qué? —preguntó Monique.

—Muy fácil. ¿Quién nos asegura que él no nos vio sepultar el ataúd y luego, cuando nos fuimos, lo desenterró, sacó el cadáver y volvió a enterrar el ataúd esperando el resultado de la broma?

—Yo desperté junto a la tumba —objetó Yiddy.

—Tú estabas dormido por la borrachera, él pudo hacer lo que quisiera sin que te dieras cuenta. Luego, se presenta en el cementerio cuando tratabais de recobrar el ataúd, se ríe de vosotros y encima os explica la historieta de los muertos que se van al caserón que está en el mar.

—Pero ¿cómo iba a saber él que volveríamos a desenterrar a la muerta? —preguntó ahora Leben con su pragmatismo germánico.

—Si vio el furgón y es de este lugar o por lo menos se conoce las

historietas de la zona, sabrá bien que no insepulta a nadie en este cementerio y si nos vio completamente borrachos, pudo deducir que estábamos haciendo una gamberrada y que luego tendríamos que volver a desenterrar el cadáver, puesto que aquí ya no se entierra a nadie.

—Parece lógico —opinó Doris,

—¡Lógico, muy lógico...! —Yiddy se golpeó la frente—. ¿Cómo no hemos caído antes en que ese tipejo del caballo que se las da de sabelotodo sobre leyendas de fantasmas nos ha gastado una broma?

—¡Eso es, todo encaja! —Exclamó Marissa—. Y nosotras asustándonos como tontas, cómo debe estar riéndose de nuestra credulidad.

—Yo voy a buscarlo, pero que venga alguien conmigo.

—¿Y dónde piensas buscarle? —preguntó Doris.

—¿Dónde va a ser? Pues, en la aldea de que ha hablado, no puede estar lejos. Lo podemos encontrar y le haremos decir dónde ha ocultado a la muerta.

—Y si no quiere hablar, ¿qué le vas a hacer, Yiddy, torturarlo? —le preguntó Danny burlón.

—Le amenazaré con ir a la policía y cogerá miedo.

—Y si coge miedo, arrojará el cadáver al mar —dijo Leben, siempre muy práctica.

—Nosotros ya nos podemos largar —dijo Walker.

—No, no tan aprisa —atajó Yiddy.

—¿Por qué no? Si a tu fiambre se la ha llevada ese tipo, arréglatelas con él. Nosotras nada tenemos que ver en tu lío.

—‘Primero hablaremos con él, luego ya veremos. Si no aparece la muerta, iremos todos a la policía. Yo no me quedo solo con este pleito —advirtió Yiddy Foyers—. ¿Quién me acompaña a la aldea?

—¿Vamos? —preguntó Monique a Doris.

—Bueno

—Yo también voy —dijo Marissa—. Quiero ver cómo termina esta gamberrada de la muerta desaparecida.

—Os acompaño —añadió Leben.

—¿Habéis visto, muchachos? Todas las hembras se van corriendo a ver a ese tipo del caballo que debe estar carcajeándose de nosotros —gruñó Bob.

—Viajamos juntos, pero no estarnos aparejados, —puntualizó Monique—. Somos todos libres. Si vosotros queréis meteros en un local de strip-tease, es asunto vuestro. Viajamos como artistas buscando paisajes, nada más.

—¿Habéis oído? Ya empiezan a concretar posiciones —siguió gruñendo Bob.

—Si habíais pensado que éste iba a ser un viaje de vacaciones de tipo orgía, os equivocasteis —les dijo Doris.

—Bueno, bueno, no es preciso que discutamos entre nosotros —intervino René—. Si queréis visitar a ese tipo del caballo, nadie os lo impide. Si fuéramos nosotros, tendríamos que darle una paliza.

—¿Paliza? —Preguntó Doris—. ¿Por qué? Si somos capaces de hacer una broma también debemos ser capaces de soportarla.

—¡Pues yo no tengo por qué soportarla! —Bramo Yiddy—. El robo de un cadáver es cosa muy seria. Vamos, os llevaré en mi furgoneta.

—No, no, nosotras iremos en coche detrás tuyo, no nos vamos a meter dentro de un furgón mortuorio como si ya estuviéramos muertas —replicó Marissa, que sólo de pensarlo sintió un escalofrío de miedo.

Yiddy se subió al furgón y lo puso en marcha. Las muchachas le siguieron hasta aquel lugar donde la noche anterior se habían emborrachado.

—¡Tabernero! —gritó Yiddy con aire autoritario, sintiéndose importante al llevar a cuatro mujeres alrededor suyo.

—¡Ya voy!

Por el hueco de una puerta que conducía a la escalera de madera que llevaba al piso alto apareció el hombre grueso que les atendiera la noche anterior, Les reconoció de inmediato.

—Ah, sois vosotros. La verdad, tal como os marchasteis temí que pudierais tener un accidente de carretera, claro que como por aquí no pasa nadie o casi nadie, pensé que quizá tendríais suerte y ya veo que sí. No querréis emborracharos de nuevo, ¿verdad?

—Oiga, ¿Quién es ese tipo que dice llamarse Arthur.

—¿Arthur? No sé de quién me habláis —respondió con sinceridad.

—Sí, un joven de cabellos largos castaños que monta un caballo gris.

—Ah, creo que ya sé de quién habláis. Es Tanner, el sobrino de la señora Tanner.

—Sí, debe ser ése —aceptó Yiddy mientras las chicas permanecían calladas.

—Está de vacaciones, es un hombre muy culto, Creo que es alguien importante en una editorial de Edimburgo. Dicen que allá están las mejores editoriales del Reino Unido.

—¿Y dónde está ahora ese Arthur Tanner? —preguntó Yiddy, impaciente.

—¿Y yo qué sé? No es pariente mío.

—Yiddy —dijo Doris señalando al joven escocés—, pregunta que dónde vive Arthur. Le vimos a primeras horas de la mañana y queremos volver a hablar con él.

—Ah, pues debe estar en la aldea. Creo que se interesa por estos lugares y escribe sobre la historia de por aquí. Consulta libros, los censos de los ayuntamientos, husmea en todas partes. Debe estar recogiendo información para su libro; ya le he dicho que cuando lo publique me envíe un ejemplar.

—¿Y dónde está esa aldea?

A la pregunta de Yiddy, el tabernero se fue hacia !a puerta y los cinco le siguieron.

—Mirad ese árbol —señaló—, ahí hay una pista forestal que lleva a la aldea. El camino es malo y cuando llueve mucho, el paso queda bloqueado. La verdad es que la aldea está condenada a morir, no tiene interés. Antes

había un pequeño puerto de pescadores, pero la juventud se ha ido marchando a las grandes ciudades, Londres especialmente, aquí ya sólo quedan los viejos. Poco hay que pescar, los buques en general y los petroleros en particular ensucian las aguas y matan la pesca. Pronto tendremos un mar muerto y menos mal que aquí hay fuertes corrientes, especialmente debido a las mareas.

—Bien, gracias. Vamos, chicas —pidió Yiddy dirigiéndose hacia el furgón fúnebre que tan poca gracia le hacía al tabernero.

—Eh, desde la aldea sale un atajo que bordea la orilla. Cuando hay mal tiempo, el mar lo cubre, pero ahora se puede utilizar, pasa junto al cementerio vacío.

—¿Cementerio vacío? —repitió Doris, enarcando las cejas.

—Así le llaman, son historias de la comarca, será poique hace mucho tiempo que no entierran a nadie. No habréis venido con la carga de la furgoneta a meteros en ese cementerio, ¿verdad?

Todos se miraron entre sí y nadie respondió.

Subieron a los respectivos vehículos y se alejaron de la taberna-posada rodeando el árbol que sería como indicativo de la pista forestal que, como bien había dicho el tabernero, era mala aunque practicable. Tenía baches y era de tierra, mas por suerte no tenía rocas que pudieran destrozar los vehículos.

—¿Creéis que sacaremos algo en limpio de todo esto?

Leben, que manejaba el volante, sorteando los baches lo mejor que podía, opinó:

—Tenemos tiempo para llegar hasta el faro que hay en Longships Rock y también para visitar las islas Scillies como nos habíamos propuesto; no veo por qué hemos de desperdiciar la oportunidad de averiguar algo sobre este lugar ignorado del que ni siquiera habíamos oído hablar. Leyendas, fantasías, quién sabe lo que habrá al final de todo... Por el momento, un cementerio en el que los muertos desaparecen de sus ataúdes como si tuvieran la virtud de pasar a través de la tierra.

—Algún loco maníaco que desentierra a los muertos y los arroja al mar —opinó Marissa con vehemencia.

Se negaba a creer en historias ciertamente fantásticas que le producían más terror que las realidades sobre locos, capaces de brutalidades sin explicación aparente alguna.

—Sí, puede ser —admitió Doris.

Leben preguntó:

—¿Será ese sujeto que parece haberos encantado el loco que se lleva a los muertos del cementerio vacío?

—Sería una pena, es tan guapo —suspiró Monique.

La aldea no estaba lejos.

Se alzaba sobre un promontorio rocoso que por su cara Os te quedaba batido por el mar y era muy posible que en días tormentosos en que se aunara la pleamar, las aguas saladas barrieran las calles. Las edificaciones se veían

muy antiguas y eran pétreas, desafiantes al tiempo. Su color resultaba oscuro y aun en pleno verano, aquel lugar no resultaba acogedor.

No precisaba de faro porque el mar estaba plagado de arrecifes rocosos y sólo algunas barcas de pescadores se aventuraban a recorrer el camino, sorteándolos para llegar a alta mar.

Los buques pasaban lejos de allí, guiados por los taras adecuados que se hallaban también delante de los arrecifes para impedir que los barcos, especialmente los temibles petroleros gigantes, pudieran acercarse y romper su casco contra alguna de las rocas submarinas, lo que ya estaba ocurriendo demasiado frecuentemente en el Canal de la Mancha, con las consecuentes mareas negras que habían terminado con gran parte de la marisquería de la zona.

La aldea tendría unas quince casas, todas ellas grandes aunque con ventanas muy pequeñas. A simple vista se notaba que alguna de ellas estaba abandonada y llevaba camino de quedar en ruinas al entrar los elementos en su interior.

Yiddy Foyers frenó el furgón funerario sin previo aviso. Leben, que le seguía muy de cerca, aun frenando bruscamente, le dio un ligero empujón con su coche.

—¡Eh! ¿Queréis abollarme la furgoneta también?

—preguntó Yiddy saltando al suelo.

La aldea semejaba desierta. Las chicas se apearon del auto.

—¿A quién preguntamos?

Todos miraron, primero a Doris y luego hacia puertas y ventanas.

—¿Hay alguien por aquí? —gritó Yiddy.

—Vamos a esa casa que tiene la puerta abierta —indicó Monique.

Se adentraron en la casa que tenía la puerta abierta e hicieron ruido para llamar la atención; nadie respondió.

—Estará abandonada —observó Monique.

—¿Es que aquí no hay nadie? —inquirió Yiddy.

—Salgamos —propuso Marissa.

Abandonaron la edificación y descendieron por la cuesta empedrada, dirigiéndose hacia otra casa. Leben señalo hacia lo alto y exclamó;

—¡Una ventana acaba de cerrarse ahí!

—Vamos allá —propuso Yiddy.

Llegaron a la casa y llamaron con la gruesa aldaba.

—Estoy segura de que acaban de cerrar la ventana —insistió Leben,

Yiddy golpeó repetidamente con el aldabón; nadie contestó.

—Parece que no les caemos simpáticos —comento Doris,

—No te preocupes, llamaremos a otra puerta.

—Jamás hubiera sospechado que en Inglaterra encontraríamos un lugar como éste —se lamentó la germánica Leben.

—Esta zona es de las más despobladas del país, esta costa no invita a nadie a quedarse. Sus playas son poco aptas para el veraneo.

Yiddy se acercó a otra de las casas, y las muchachas le siguieron excepto Leben que continuó golpeando con la aldaba.

—¡Cabrito, seas quien seas, cabrito! —gritó Leben al aire.

Luego, se alejó. De pronto, escuchó un ruido que le hizo volver la cabeza y ya fue demasiado tarde.

El automóvil que ella misma había estado conduciendo y que había dejado detrás del furgón, comenzaba a rodar hacia atrás, cuesta abajo, como si el freno de mano hubiera saltado o estuviera mal colocado.

El coche, en su rodar, fue adquiriendo velocidad paulatinamente y encontró a Leben en su camino, a mitad de la pendiente empedrada, como si una mente asesina lo guiara.

—¡¡Agggg!!

El maletero del coche golpeó contra la joven, alcanzándola en las piernas y las caderas. La arrojó al suelo y su cabeza golpeó contra el empedrado, produciendo un terrorífico chasquido.

Todos se volvieron para ver de qué se trataba, el porqué del grito de Leben. Quedaron horrorizados ante lo que ocurría. El coche, con el empuje que llevaba, pasó sus ruedas por encima del cuerpo femenino y prosiguió cuesta abajo, rodando hacia atrás.

Yiddy trató de detenerlo cogiéndose a él. Tuvo que soltarlo porque lo arrastraba y lo dejó ir mientras las muchachas corrían hacia Leben tratando de ayudarla.

—¡Leben, Leben! —gritó Marissa casi sin moverse mientras Doris y Monique se inclinaban sobre la muchacha alemana.

Doris le volvió la cabeza y descubrió sus ojos abiertos, unos ojos que habían sido muy bellos y que ahora aparecían vidriosos. Miró a Monique y apartó su mano de debajo de la cabeza de Leben.

—Está muerta —musitó.

—Dios mío, ¿cómo ha podido suceder? —exclamó Monique notando que se ahogaba.

—¿Cómo, cómo está? —preguntó Yiddy al llegar junto a ellas. No tuvieron que decir nada, él mismo lo vio con sus propios ojos.

—¿Qué hacemos ahora? —inquirió Monique.

Yiddy masculló:

—Habrá que llamar a la policía.

—Sí, habrá que llamar a la policía y se descubrirá todo, incluso la desaparición de tu cadáver —le dijo Marissa.

—Pero ¿cómo habéis dejado el coche? —preguntó Yiddy llevándose las manos a la cabeza.

Al girarse, descubrió el automóvil de las chicas mansamente detenido a unas doscientas yardas más abajo, sobre un lugar terroso. No parecía haberle ocurrido nada, había frenado por sí solo.

—La policía comenzará a hacer preguntas, y Leben llevaba droga en la roulotte —explicó Monique.

—¡De modo que llevaba droga, ¿eh? —gruño Yiddy Foyers.

—Sí, pero era cosa suya. Las demás no interveníamos, aunque, de cuando en cuando, nos gastaba alguna bruma y ponía algo de droga en la bebida.

—Hay que quitar esa droga de donde esté —dijo Marissa mirando en derredor, temerosa.

—Comprendo, ayer nos puso a todos, seguro, pudo hacerlo, nos movimos mucho —se lamentó Yiddy metiendo las manos en sus bolsillos.

—Tenemos que avisar a la policía —opinó Doris.

—Antes habrá que encontrar la droga de Leben y lanzarla al mar para que la policía no la encuentre. Llevan perros muy adiestrados que la olfatean y la policía va a escudriñar nuestras roulottes después de esta muerte y de la desaparición del cadáver de pelo de panocha. Nos van a encerrar a todos, sólo faltará que el tabernero les diga que somos unos borrachos.

—Está bien, que alguien vaya al campamento con el coche y que saque la droga.

—Yo iré —dijo Marissa—. Si queréis acompañarme alguna de las dos —pidió mirando a sus compañeras.

—No, es mejor que nos quedemos aquí hasta que venga la policía,

—'Pues yo voy a decirle a los chicos que limpien la roulotte.

—Ve pronto, hay que avisar a la policía y que salga el sol por donde quiera. Esto se complica cada vez mas —se lamentó Yiddy Foyers,

Marissa se alejó hacia el coche. Doris, Monique y Yiddy quedaron junto al cadáver de la desafortunada Leben.

En realidad, lo que Marissa deseaba era huir de allí, el miedo se había metido dentro de su cuerpo. No le gustaba nada aquella solitaria y sombría aldea, casi batida por las olas del mar y la muerte súbita e inesperada de Leben había aumentado su angustia.

Subió al coche y accionó el contacto. El motor se puso en marcha y salió del área de tierra. Sus maniobras resultaban bruscas, chirriantes.

Se alejó pisando a fondo el acelerador y como no había cambiado la primera marcha, produjo un gran ruido de motor. Circuló por la pista forestal dando tumbos, estando a punto en varias ocasiones de perder el control del automóvil, ya que no conseguía evitar los baches como había hecho Leben,

Llegó al fin a la carretera vieja y pasó lo más rápido que pudo junto a la tapia del cementerio vacio, el acelerador no podía pisarse más a fondo. Tenía miedo y no podía evitarlo. Se mordía los labios y buscaba el horizonte, evitando mirar hacia atrás por el espejo retrovisor.

No tardó en recorrer la distancia que la separaba del lugar de la acampada. Se había ido levantando un fuerte viento y el cielo gris se tornaba más y más oscuro. Notó que el viento empujaba al coche, como queriendo arrancarlo de la carretera mientras bramaba al rozar contra la carrocería.

Al fin divisó la silueta blanca de la roulotte y se salió de la carretera.

Dando tumbos por un terreno desigual, llegó hasta el lugar del campamento. De pronto, constató una desconcertante realidad: Sólo había una

roulotte, faltaba la furgoneta «Mercedes-Benz» y la otra roulotte con el coche de arrastre correspondiente.

Marissa, la joven italiana, quedó desconcertada. Salió del coche para cerciorarse mejor y rodeó la roulotte como para comprobar que no se habían escondido.

De pronto, reparó en que habían escrito algo sobre la pared blanca de la roulotte con un carboncillo de dibujo:

«HEMOS PARTIDO HACIA EL FARO DE LONGSHIPS ROCK; LUEGO IREMOS A LAS ISLAS SCILLIES, OS ESPERAMOS. BYE, BYE.»

—¡Granujas! —exclamó malhumorada ante lo que ella calificaba como una deserción por parte de los muchachos que las habían abandonado allí.

Se metió en el coche, volvió a darle al contacto y escuchó el ruido desagradable del encendido y sin funcionar. Insistió y por más veces que hizo girar la llave de contacto, pronto se dio cuenta de que no había forma de ponerlo en marcha. Inexplicablemente, el auto se había estropeado.

Saltó fuera de él y levantó la tapa del motor. No entendía nada de mecánica del automóvil, pero su reacción instintiva fue levantar la tapa y mirar.

Olía fuertemente a aceite quemado y también a plástico requemado. Introdujo sus dedos y se quemó, lanzando un gritito. Luego, cerró con fuerza.

La potencia del viento iba en aumento y el cercano mar semejaba embravecerse más y más. Las olas crecían y su espuma parecía parte de la rabia del amenazador océano.

Con el rostro medio cubierto por sus propios cabellos negros, un golpe de viento la hizo trastabillar. Buscó casi a tientas la puerta, asió la manecilla y la abrió, metiéndose en la roulotte. Cerró rápidamente para aislarse de la tormenta.

El cielo se había oscurecido tanto que el interior de la roulotte se hallaba en penumbra,

Marissa, tiritando por un frío muy fuerte que se había metido en sus huesos, se sentó en la cama doble que poseía la casa rodante que comenzó a balancearse por los embates del viento.

Marissa comenzó a ponerse más y más nerviosa. El ulular del viento se tornó un rugido que se unió a! ruido del mar que barría los peñascos que pugnaban por aflorar en la agitada superficie. Al mismo tiempo, el balanceo de la roulotte aumentaba y Marissa tuvo que agarrarse para no verse sacudida.

La roulotte, tras recibir un fuerte golpe de viento por el lado Este, comenzó a rodar. Los frenos y los puntos de apoyo no bastaron para fijarla y se desplazó.

Marissa fue consciente de ello, vio acercarse tas olas al cristal del fondo hasta que el agua marina, diabólica y furiosamente, golpeó contra la roulotte.

CAPITULO IV

El viento que se había levantado era más fuerte, violento. Ululaba al pasar entre las casas de la aldea, arañando las paredes pétreas, de un gris oscuro.

El cielo se había ennegrecido aún más y comenzaron a caer gruesas golas que obligaron a las dos muchachas y a Yiddy Foyers a refugiarse en uno de los portales.

—Que tormenta más súbita —se lamentó Monique, sacudiendo la cabeza.

—Nadie diría que estamos en la segunda quincena de junio —comentó Doris mirando el cielo tan negro que les enviaba agua que golpeaba contra el suelo violentamente.

—Aún no hemos visto un alma en esta maldita aldea —farfulló Yiddy Foyers que clavó sus ojos en Leben que yacía en el suelo en mitad de la calle empedrada. Le habían cubierto el rostro con un trapo que oscurecía al empaparse de agua.

—Se está mojando Leben.

—¿Y qué importa, Doris? —Objetó Yiddy—. Ya está muerta.

—Pero, es horrible. Tendríamos que cubrirla, protegerla...

—Yo, en el furgón, no llevo más que el ataúd. Si queréis que la metamos dentro...

—¿No dirá nada la policía cuando venga?

—Si tardas horas en llegar, no vamos a dejarla ahí tendida, ¿verdad? —preguntó Monique.

Yiddy Foyers, mirando a una y otra alternativamente preguntó:

—¿Qué hacemos, la metemos en el ataúd?

—La verdad es que no servirá de nada porque ya esta mojada —respondió Doris abrazándose a sí misma al notar frío—. Hemos de buscar un refugio.

—Esto es una aldea abandonada y nadie nos lo había dicho —se lamentó Monique.

Yiddy trató de abrir la puerta que había a su espalda, mas ésta no cedió, estaba sólidamente cerrada.

—Si no hay nadie, nadie puede tocar el cadáver de Leben. Refugiémonos en una casa y esperemos encontrar un teléfono para avisar a la policía.

—Doris tiene razón.

—¿Cuánto creéis que tardará Marissa en limpiar la roulotte de droga? —preguntó Yiddy Foyers.

—Ya la habrá limpiado, entre ella y los muchachos seguro que la han encontrado.

Yiddy propuso:

—¿Vamos a la casa que antes hemos visto vacía?

—Ya que nadie responde aquí, ¿por qué no?

Salieron corriendo del portal y recibieron sobre sus cuerpos el agua de la tormenta. Llegaron a la casa de la puerta abierta ya empapados.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —gruñó Yiddy.

Doris sugirió:

—Vamos adentro, es posible que encontremos, leña para hacer fuego.

Se internaron en la vivienda que ahora, debido a la oscuridad del cielo, apenas tenía luz y en algunos lugares iban prácticamente a" tientas. Se encontraron con unas escaleras de peldaños de piedra, muy gastados. Subieron por ella y llegaron a una sala donde había algunos mueles cubiertos.

—Uf, todo está lleno de polvo —observó Doris.

Monique se acercó a la chimenea donde no había leña.

—No sé cómo vamos a encender fuego y estoy mojada.

—Eso lo arreglaremos pronto —dijo Yiddy cogiendo una silla y golpeándola contra el suelo. La silla, carcomida por el tiempo, se partió—. ¿Lo veis?

—Vaya con pelo de panocha, es un hombre de recursos —aprobó Doris.

—Todos son muebles muy viejos, no valen nada —opinó Yiddy satisfecho por su hazaña, olvidándose ya de que en la calle, bajo la fuerte lluvia, yacía el cadáver de Leben.

Mientras el joven la emprendía a golpes con la silla, Monique fue introduciendo las maderas en la chimenea.

—Si hace falta, quemaremos una butaca grande —dijo Yiddy, comprobando que las butacas también eran muy viejas y sus tapizados se hallaban sucios y gastados.

—Y ahora, ¿cómo la encendemos? —preguntó Monique.

Yiddy sacó de su bolsillo un encendedor de gas de modelo barato y lo mostró triunfal. Acercándose al hogar, prendió fuego a las maderas que chisporrotearon en seguida.

—Ahora, sólo hay que alimentarlo. Cuando se acaben las sillas y los muebles en general, meteremos las puertas en la chimenea.

—¿Y si viene alguien? —preguntó Monique.

—Esto parece deshabitado.

—Yiddy tiene razón, esto parece deshabitado.

El calor no tardó en hacerse notar. Monique, sin pensárselo dos veces, se quitó el jersey de punto fino quedando con los senos al descubierto. A Yiddy Foyers se le agrandaron los ojos al ver aquellos pechos altos y hermosos.

—¿Qué te pasa, idiota, es que no has visto nunca unos pechos? —le preguntó ella.

—Sí, sí, pero...

—Pero nada. Esta es una situación de emergencia y no quiero pillar una pulmonía. Si tratas de hacer alguna tontería o por tu cabeza pasa alguna cochinada, olvídala o te afeitaremos el...

—¿El qué?

—Imagínatelo —replicó dándole la espalda.

—¿No te vas a quitar más prendas? —inquirió, ansioso.

—Sí, ¿por qué no? Los pantalones también.

La desilusión para Yiddy fue que Monique usaba braguitas, aunque éstas eran pequeñas y coquetonas.

Cuando Yiddy, que había estado muy absorto tratando de descubrir más encantos de Monique, se dio cuenta. Doris ya se había desnudado y cubierto después con una de las fundas del mueble, acercando sus ropas al fuego para secarlas.

Las dos muchachas miraron hacia Yiddy que tenia la lengua fuera, como relamiéndose los labios.

—Oye, Yiddy, ¿no vas a ser tú quien coja la pulmonía? —preguntó Doris.

—¿Yo? Pues sí, sí, creo que sí.

Se quitó el chaleco, pero no la camisa ni los pantalones.

—Prepararé más leña —dilo, encarándose con una butaca que duró muy poco entera.

Estaba dispuesto a calentarse a base de golpear.

Se hizo el fuego más fuerte dentro de la chimenea-hogar y la estancia comenzó a calentarse.

—Pobre Leben —dijo Monique de pronto, echándose a llorar.

—Ya nada se puede hacer, debimos revisar el coche. Ella misma conducía y no colocó bien el freno de mano.

—Así se lo explicaremos a la policía —dijo Yiddy—, pero ya veremos si se lo creen. Tendremos que declarar ante el juez, pero que quede bien claro que yo conducía el furgón y que ha sido el coche el que la ha matado, no quiero más líos.

—Descuida, el coche se ha ido solo para atrás y antes lo había conducido la propia Leben. Un accidente desafortunado.

—Y esta maldita lluvia que no cesa —se lamentó Monique secándose las lágrimas.

—A ti te iría bien un trago ahora —dijo Yiddy echando más leña al fuego cuyas llamas ocupaban lodo el hueco de la chimenea.

—Cuando la tormenta cese, buscaremos un teléfono.

Sería horrible que pasara un coche por la calle y atropellara a Leben.

—¿Y qué importa, si ya está muerta?—rezongó Yiddy a Doris.

—No seas bruto, cabeza de panocha.

Doris se acercó a una ventana para mirar al exterior, mas no vio nada.

—Esto no da a la calle principal de la aldea, no se ve bien.

Doris se «cercó y miró también.

—Es el tejadillo que no nos deja ver. Cómo llueve, vaya manera de caer agua. Mientras esa carretera forestal no se inunde y no podamos regresar...

—Cuando termine la tormenta, buscaremos hasta dar con un teléfono para llamar a la policía.

—Sí y encontrar a Arthur —dijo Yiddy Foyers.

—¿A quién has dicho? —interrogó una voz, sorprendiéndoles a todos.

—¡Arthur! —exclamaron las dos chicas al unísono.

Arthur llevaba un impermeable gris oscuro con sombrero. Era un

impermeable de marino que le cubría hasta los tobillos. Se adentró en la estancia y se fijó en la desnudez, casi total de Monique que permanecía junto al fuego.

Doris, cubierta con una sábana polvorienta, se hallaba junto a la ventana y Yiddy Foyers tenía una pata de butaca en la mano.

—He visto que por la chimenea salía humo y me he acercado porque aquí no vive nadie.

Mientras Arthur se quitaba el sombrero y también el impermeable, Yiddy le increpó:

—¿Dónde has puesto a la muerta?

—¿La muerta? No te entiendo.

—Sí que me entiendes, ya está bien de guasa. Tú la sacaste de la fosa mientras dormíamos y luego enterraste el ataúd de nuevo porque sabías que nosotros volveríamos a desenterrarlo, así sería una broma perfecta, pero se terminó. ¿Dónde la has escondido?

Arthur clavó sus ojos claros en Yiddy. No parecía tenerle ningún miedo pese a que el escocés que vivía y trabajaba en una funeraria de Southampton empuñaba un madero que antes había sido la pata de una butaca.

—Jamás se me ocurriría hacer una cosa semejan le vaya estupidez. Siempre ha sido un misterio el porqué los ataúdes de ese cementerio abandonado aparecen vacíos.

Se acercó a la chimenea, junto a Monique. Le sonrió, alzó la mano y tomó uno de sus senos sopesándolo ligeramente, sin lascivia.

—Muy hermoso —opinó.

—Gracias.

Doris se acercó también a la chimenea, atraída por la poderosa personalidad de Arthur y por el calor que le brindaba el fuego.

—¿Está la aldea vacía? —presumió.

—Sí.

—¿Abandonada? —inquirió por su parte Yiddy.

—Abandonada, no, simplemente vacía por unos días.

—¿Se ha marchado la gente de esta aldea? —se asombró Doris.

—Sí. Se acerca la madrugada de la gran mar muerta y en este lugar aislado de la culta, de la grande, de la imperial Inglaterra, las gentes siguen creyendo en las leyendas, especialmente las que hablan de sucesos fantásticos. ¿Sabéis qué piensan?

—No —respondieron Monique y Doris a un tiempo.

Yiddy había bajado el brazo y se aproximó un poco más al grupo. Estaba molesto; ya no era el único hombre y Arthur tenía muchísimo más atractivo que él, bastaba con mirar a los ojos de las dos chicas para notarlo.

—¿Se han ido porque el caserón va a quedar accesible? —preguntó Doris.

—Sí. Ellos piensan que los muertos del cementerio habitan en ese caserón. No quieren saber por qué y piensan que si el camino entre rocas, normalmente cubierto por las aguas, queda al descubierto durante unas horas mientras dura


la gran marea muerta, los muertos pueden salir del caserón y visitar la aldea.

—Tienen miedo a los muertos, ¿verdad? —inquirió Yiddy.

—Sí y no es raro que mucha gente tema a los muertos; es posible que tú mismo los temas.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Si llega el momento, ya veréis lo que hago yo con los muertos. ¿No os dais cuenta de que yo trato con muertos?

—Y seguro que tienes ganas de cambiar de empleo —contestó Arthur.

—Este lugar parece maldito —exclamó de pronto Monique.

Con un suspiro quedo, Doris preguntó:

—¿Has visto a Leben?

—¿Leben?

—Sí, la chica rubia, la alemana, está en la calle —le dijo Doris.

Arthur esbozó un gesto de perplejidad.

—No he visto a nadie afuera.

—¿Nadie? —Preguntó Yiddy—. ¿Seguro que a nadie?

—Sí, no he visto a nadie. He dejado al caballo en la cuadra, he visto el humo y como sabía que todos habían marchado de la aldea me he preguntado quién podía quedar aquí. Entonces, he descubierto el furgón y he supuesto que seríais vosotros, pero prefería comprobarlo.

—Leben está muerta en la calle —explicó Doris,

Monique concretó:

—La ha matado el coche, se ha ido hacia atrás y la ha atrapado.

—Se ha partido la cabeza al golpear contra el suelo.

Las últimas palabras de Yiddy no parecieron arrojar luz en Arthur que en tono bajo dijo:

—No he visto nada, sólo el furgón.

—Anda, Yiddy, ve a ver —le pidió Monique.

—¿Yo, por qué yo?

—Ve a ver lo que hay —insistió Doris, nerviosa.

—Está bien —rezongó el muchacho escocés, alejándose.

—El no pertenece a vuestro grupo, ¿verdad? —preguntó Arthur Tanner.

—No, no pertenece al grupo. El llevaba una muerta a Saint Agnes.

—He visto una furgoneta y un coche con una roulotte alejándose en dirección al faro de Longships Rock.

—¿Una furgoneta y un coche con roulotte? —Repitió Doris mirando a su compañera—. ¿Serán los chicos?

—No, no se pueden haber ido sin nosotras. Además, está Marissa que se ha ido reunir con ellos; habría regresado para decirlo.

—Con esta tormenta, las carreteras se han puesto difíciles. El mar se ha embravecido mucho y hasta dentro de unas horas es posible que no se pueda circular y aun así, habrá que ir con mucho cuidado, porque algunos socavones son grandes y se habrán llenado de agua.

En aquel momento llegó Yiddy jadeante. Había subido la escalera en tres saltos.

—¡No está, no está, ha desaparecido! —De pronto, se fijó en Arthur y le señaló con su índice, acusador—. ¡Tú, tú te la has llevado!

CAPITULO V

—¿Seguro que la habéis dejado en la calle? —insistió Arthur.

—Sí, seguro, y la lluvia caía sobre ella —concretó Doris.

Yiddy, acercándose con el ceño fruncido, explicó:

—Ahora, la calle parece una torrentera. El agua baja casi como si fuera un río.

—Entonces, ésa puede ser la explicación —opinó Arthur.

Yiddy, dispuesto a no soltar lo que ya consideraba su presa, como si fuera un perro vigilante que hubiera atrapado la pierna de un intruso, inquirió:

—¿Qué es lo que parece explicable?

—Pues, que si baja mucha agua por la calle, como una torrentera según tus propias palabras, se puede haber llevado el cuerpo calle abajo.

—¡Dios mío! —Gimió Doris—. Y nosotros que no la habíamos tocado para que la viera la policía... ¿Dónde estará ahora?

—Habrá que esperar a que termine la tormenta; entonces es posible que la encontremos abajo, en alguna balsa de agua.

—¿Habrá ido a parar al mar? —preguntó Monique, asustada.

—Es posible —admitió Arthur—. Todo depende del lado de la calle por el que haya sido arrastrada por las aguas; pero el mar, tarde o temprano, suele devolver los cadáveres.

—Eso es lo que teme la gente de esta aldea, que el mar devuelva los cadáveres, ¿verdad? —preguntó Yiddy casi maligno, como si le produjera una gran satisfacción comprobar que no era el único que tenía miedo a los muertos.

—Esto es un desastre —se lamentó Doris,

—De todos modos, llamaremos a la policía —advirtió Yiddy—. ¿Dónde hay un teléfono?

—En la casa de mi tía lo hay.

—Magnífico, iremos allá y llamaremos a la policía —dijo Yiddy—. Y si tú eres quien se ha llevado a la muerta que había en el ataúd, tendrás problemas, ya lo verás.

—Yo no tengo nada que temer. Os llevaré al teléfono de la casa de mi tía y allí esperaremos a la policía, aunque habrá que advertirles que vengan en jeep; los caminos están impracticables.

—Arthur, ¿de veras no has sido tú quien se ha llevado el cadáver que había en el ataúd para burlarte de nosotros? —le preguntó Doris, ansiosa e inquisitiva a la vez…

—Seguro que no, no tengo tan mal gusto. Yo os vi en el cementerio y me acerqué con mi caballo a ver lo que sucedía, nada más.

Doris insistió:

—Entonces, ¿crees en esas historias de muertos que abandonan sus tumbas?

—Ya os dije que ni creo ni dejo de creer. Vosotros habéis tenido una desagradable sorpresa y debéis averiguar lo sucedido. Mi interés es aguardar a que el suelo entre la costa y el caserón se seque por la gran marea muerta y acercarme para visitarlo. Siempre me ha atraído ese caserón al que jamás he podido acercarme. Mu se puede ir en bote, es un suicidio debido a los peñascos que ya veréis cuando el agua se retire.

—Pero no podemos creer en esas leyendas. Vivimos en un siglo de claridad, donde todo queda perfectamente explicado —protestó Monique.

—Se habla del oscurantismo del medievo y también hay muchos que empiezan a hablar del renacimiento del oscurantismo. Precisamente, estoy escribiendo un libro sobre estos temas, por eso estoy aquí. Conocía la leyenda que circula acerca de ese caserón que está en el mar y el cementerio vacío. Ahora, antes de proseguir, he querido llevar mi investigación hasta el final después de consultar con meteorólogos y astrónomos.

—¿Qué tienen que ver los científicos, meteorólogos y astrónomos en esto?

Arthur miró a Doris y le respondió;

—Ellos me han dado las fechas de la gran mar muerta, por eso he venido. Mi tía cree que se trata de vacaciones, pero yo he venido conociendo de antemano las fechas concretas, lo que no es fácil de averiguar; no obstante, los vecinos de la aldea, que son ya muy pocos, sabían lo que iba a ocurrir.

—¿Ellos habían hecho también sus cálculos? —pregunto Doris.

—Me inclino a pensar que conocían la fecha a través del relato de la propia leyenda, una leyenda que se transmite de generación en generación de forma oral. Los vecinos de esta aldea tienen miedo, mas no le cuentan a nadie extraño lo que sucede. Silenciosamente, se marchan unos días y este lugar queda completamente vacío para la madrugada en que el caserón queda accesible a pie. Cuando pase esta fecha, ellos volverán y no habrán dicho nada a nadie. Es una especia de conjura, como un pacto con los seres que supuestamente viven en este caserón siempre batido por el mar. Ellos, me refiero a los vecinos, quizá piensan que no denunciando lo que ocurre en el caserón recibirán a cambio una especie de protección; ni siquiera a mí me lo contaron, pese a saber que mis ancestros son de aquí, que cuando mi tía muera yo heredaré su casa y seré, si lo deseo, un miembro más de esta aldea. He tenido que hacer los cálculos del apogeo lunar y del apogeo solar y otra serie de mediciones sobre las mareas altas y bajas, lo que es más difícil de lo que parece. Hay que emplear computadoras para conseguir exactitud y disponer de un mapa del suelo marino de la zona. Gracias a mi labor de filólogo y escritor en la editorial he podido conseguir que algunos amigos me ayuden en los cálculos.

—¿Tan difícil es saber si hay marea baja o alta? —se extrañó Yiddy.

—Una marea simple, baja o alta, no es tan difícil, pero determinar cuándo se producirá la gran pleamar o la gran marea muerta, ya es más complicado, pues se han de dar una serie de factores concomitantes. La Luna ha de estar en cuadratura con Sol respecto a la Tierra, es decir, un cuarto creciente o

cuarto menguante para la marea baja y en plenilunio o luna nueva para la marea alta. Conociendo la leyenda de esta aldea, me interesé por los cálculos que no se realizan a nivel oficial porque en esta zona no existen puertos debido a los arrecifes rocosos. No es un sitio interesante ni siquiera para la pesca.

—¿Es que eso de las mareas no es igual en todas partes? —inquirió Yiddy.

—No, claro que no es igual —replicó Arthur—, Los estuarios de los ríos, los lugares estrechos que se adentran en la tierra, las playas donde el fondo es escaso, acusan más estos fenómenos. Mientras que en alta mar, en medio del Atlántico, pueden notarse dos o tres pies de diferencia de altura, en lugares como éste pueden acusarse más de cuarenta pies Una gran pleamar puede sepultar bajo las aguas a casas enteras.

—Me doy asco a mí misma —dijo de pronto Monique.

—¿Por qué? —inquirió Doris acercándose a su amiga que se hallaba junto al fuego, buscando el calor para su cuerpo semidesnudo.

—Tengo hambre, parece idiota, ¿verdad? Pues tengo hambre,

—Yo también tengo hambre —admitió Doris.

—Y yo —añadió Yiddy—. Estamos todo el día dando vueltas, luego la tormenta y no hemos comido.

—Dentro de poco se hará de noche —dijo Arthur—, Será mejor que vengáis conmigo a casa de mi tía. Allá hay comida y también tendremos un buen fuego.

—¿Está lejos tu casa? —interrogó Yiddy mirando hacia la ventana.

—No, no está lejos.

—Vistámonos —le dijo Doris a Monique—. La ropa ya estará seca.

—Nos volveremos a mojar —observó la joven francesa.

—Ya os dejaré mi impermeable —se ofreció Arthur—. Además, está aflojando la lluvia, aunque me temo que esta noche la tormenta continúe. El cielo no se ha abierto y el viento sigue fuerte

—Un momento —le pidió Yiddy.

—¿Qué pasa?

—Todavía queda algo que no se explica, aunque hay muchas cusas que ni entiendo ni me las voy a creer. Tú pides que creamos en lo que dices y te escudas en leyendas, es muy fácil decir todo eso

—Cuando tengas el teléfono a mano en la casa de mi lía, puedes llamar a la policía. ¿Quieres más?

—Será suficiente, pero...

—¿Qué?

—¿Has sido tú quien ha cerrado la ventana cuando hemos llamado a ¡a puerta de la casa que está un poco más arriba?

—No. yo no estaba aquí cuando habéis llegado vosotros.

—Leben ha visto a alguien cerrar la ventana; hemos llamado y nadie ha respondido; mas, había alguien y si aún dices que la aldea se halla vacía, ¿quién está ahí?

—No lo sé, quizá alguien se haya quedado. No hay una orden de éxodo para todos, cada cual hace lo que quiere, aunque yo creía que me había quedado solo en la aldea y que los vecinos regresarían cuando el caserón volviera a quedar cercado por las aguas y ellos se sintieran más seguros, siempre pidiendo a sus familiares y allegados que al morir no los sepulten en el cementerio vacío. Sea cierta o no la leyenda, nadie quiere exponerse.

—¡Volveos! —pidió Doris.

Los dos hombres les dieron la espalda y las muchachas se vistieron.

—¿Listas? —preguntó Arthur tomando el impermeable.

—Sí, listas, vamos.

Descendieron por la escalera. Al llegar a la calle vieron que la lluvia había amainado pero que por ella bajaba mucha agua.

—Pobre Leben, ¿dónde estará? —se lamentó Doris.

—Tendremos tiempo de buscarla —dijo Arthur.

—Sí, tendremos tiempo —asintió Yiddy—. Si está muerta, ya nada podemos hacer por ella, aunque creo que debimos sacarla de la calle y meterla en este portal, pero ¿quién podía sospechar que caería esta tormenta y habría este viento? ¡Diablos, qué viento!

—Tapaos con el chubasquero —dijo Arthur a las chicas que se juntaron hombro contra hombro. Arthur cubrió ambas espaldas a la vez.

Anduvieron calle arriba. Rebasaron el furgón que no parecía haber sufrido nada en la tormenta y unos veinte pasos más lejos, Arthur empujó una puerta que cedió.

De inmediato, notaron calor de vida. Aquélla era una casa habitada, se notaba por el olfato, por el calor y otras sensaciones difíciles de describir.

La casa, también edificada en piedra, resultaba oscura pero no lóbrega. Arthur dio al interruptor de la luz, mas el fluido eléctrico no llegó a la bombilla.

—Vaya, nos hemos quedado sin electricidad. Hace tantos lustros que no se revisan los postes de tendido eléctrico hasta la aldea.

También la casa en que se hospedaba Arthur tenía la planta noble en el primer piso. Los muebles no estaban cubiertos allí y la chimenea, aunque apagada, conservaba calor, no estaba fría.

Arthur se acercó a ella, puso leña en su interior y le prendió fuego.

Doris se había aproximado a la amplia ventana y observó que se hallaba casi suspendida sobre el mar. Vio las olas rompiendo contra los peñascos, olas amenazantes, olas inquietantes que espumeaban mientras el día moría.

—¿Quieres decir que se retirará toda esa masa de agua que hay abajo? —preguntó Doris.

—Aunque te parezca imposible, sí, se retirará —respondió Arthur—, pero sólo durante unas horas. Cuando había baja mar aquí, los pescadores recogían mariscos de entre las rocas, era parte de su fortuna, un buen marisco que se ha ido perdiendo con la paulatina degradación del mar en estas áreas a causa de los petroleros. El mar no bajaba mucho normalmente y el agua les llegaba

hasta !a rodilla, pero todos saben que un día concreto de determinado año, llega la gran mar muerta y entonces, todo queda a! descubierto por unas horas.

—¡El caserón! —exclamó de pronto Doris, señalando con su dedo.

—Exacto, el caserón que se ve desde aquí como un bulto negro rodeado de agua, inaccesible. ¿No te parece siniestro?

—Sí, sí lo es.

—Por la noche desaparece en la oscuridad, no se ve salvo en las noches de gran plenilunio. Ese caserón es como una maldición para esta aldea, todos le temen.

—¿No se dejan influir demasiado por la leyenda y la superstición?

—Sí, creo que sí, por eso nadie se ha atrevido a hurgar en el caserón para descubrir la verdad. Yo pienso hacerlo.

—¿Se lo has dicho a tu tía?

—Sí.

—¿Y qué ha respondido ella?

—Que estaba loco, pero como me ha visto decidido me ha dicho que rezaría por mí.

—¿Teme que allá esté el diablo en persona y caiga sobre ti?

—Más o menos... Yo creo que las leyendas se levantan sobre rescoldos de historias que se distorsionan. Ese caserón debe tener una historia trágica, más no constituye ninguna amenaza para la aldea. Tengo que ir allá y averiguar lo que pueda, aunque no encuentre nada y luego no me crean. Ahora, será mejor pensar en comer.

—Primero, el teléfono —pidió Yiddy.

—Colgado en la pared lo tienes. —Arthur señaló el aparato, clavada junto a la puerta que daba acceso a la cocina.

Yiddy, decidido, fue hacia él y descolgó, acercando se el auricular al oído.

—¡Aló, aló! —Insistió dando golpecitos en el llamador. Fue inútil y mostrándoselo a Arthur, dijo—: No hay línea.

—Habrá sido la tormenta.

—¿Y lo dices así, tan tranquilo?

—¿Y qué quieres que haga? No voy a salir a buscar la avería, puede haberse caído un poste, quién sabe. Aquí las tormentas son muy fuertes, éste es un lugar endiablado y posiblemente esta noche la tormenta arrecie, claro que quizá mañana tengamos un día espléndido, va veremos.

—¿He de entender que estamos incomunicados?

—Entiende lo que quieras, ya me estás hartando. Te diriges a mí como si yo te hubiera hecho algo malo.

—¡Alguien robó el cadáver que yo llevaba en el ataúd!

—Pues búscalo.

—Sí, ahora, lloviendo y de noche.

—Entonces, cierra la boca.

—Yiddy, no seas idiota, es nuestro anfitrión. Gracias a él vamos a cenar y

estaremos protegidos. ¡Dios! ¿Y Marissa? —Exclamó de pronto Doris, recordando a su compañera—. Si regresa, no nos va a encontrar.

—Se habrá quedado en el campamento, no creo que vuelva —opinó Monique que se había rehecho bastante

—Pueden venir vuestros amigos —observó Yiddy Foyers.

Arthur, dirigiéndose hacia la cocina, replicó:

—Ya tocarán el claxon si consiguen llegar. Los caminos estarán impracticables, conozco bien éste lugar. Como va camino de quedar abandonado, nadie invierte un chelín aquí. No es zona turística debido a los arrecifes rocosos y a la frialdad del agua que no invita al baño.

Arthur regresó al poco con carne que se dispusieron a asar en la propia chimenea. También trajo cerveza, leche, pan y tarta de manzana. Mientras comían, Arthur comentó:

—No cabe duda de que teníais hambre.

—Y sueño. Yo tengo mucho sueño, se me pegan los párpados —dijo Yiddy—. Vaya día y cuando llamen a mi tío diciéndole que no ha llegado el cadáver, la que se va a armar. Claro que el asunto de la tormenta puede ayudarme, porque si las carreteras han quedado impracticables...

—No quiero pensar en Leben —dijo de pronto Monique—. Pobre Leben, muerta, seguramente flotando en algún charco de agua,

—No pienses en eso ahora —le pidió Arthur—. Mañana la buscaremos,

Doris se encaró con Arthur. Sincera, opinó:

—No te entiendo cómo puedes vivir en un lugar tan solitario como éste.

—Normalmente no es tan solitario; además, no vivo aquí. La gente es sencilla aunque algo supersticiosa, evidentemente.

—¿Seguro que no hay nadie más en la aldea? —Preguntó Yiddy—. ¿Seguro que no hay nadie escondido?

—Si alguien te atrapa por los pies mientras duermes, es que hay alguien más.

—¿Es que quieres que no duerma? —preguntó Yiddy, irritado—. Pues yo estoy muy acostumbrado a tratar con cadáveres, es mi profesión. Quién sabe si cualquier día de estos uno de vosotros pasáis por mis manos.

—No tengas tan mal gusto, Yiddy —le reprochó Doris—. ¿Olvidas a Leben?

—Bueno, no lo he dicho por ella, era una broma. ¿O es que sólo puede gastar bromas Arthur?

—Vosotras podéis dormir en la habitación de mi tía, no se va a enterar.

—¿Y yo?

—Hay una habitación pequeña, creo que te servirá.

Se dispusieron para pasar la noche y accedieron a los dormitorios iluminándolos con velas, ya que el fluido eléctrico no regresaba.

—He cenado muy bien, pero me tomaré esto, sino, no voy a poder dormir —dijo Monique sacando de su bolso un frasquito que también le ofreció a Doris—. ¿Quieres?

—No, no quiero somníferos. Te has habituado demasiado a ellos y acaban siendo peligrosos, terminarás drogándote como hacía la desdichada Leben.

—No me recuerdes ahora a Leben... —pidió estremeciéndose—. Sólo pensar que estará por ahí afuera, tirada en una charca, me pone muy nerviosa. Incluso, el somnífero no me va a hacer efecto. ¿Crees que los muchachos vendrán esta noche?

—No, no creo, parece que la tormenta arrecia de nuevo.

—Ah, qué sueño tengo.

—¿Apago ya las velas? —preguntó Doris.

—Sí, ya puedes soplar. Tengo ganas de dormir mucho, mucho. Mañana, descansada, veré las cosas de otra manera. ¿Por qué vendríamos a este lugar tan extraño, con leyendas de muertos que escapan del cementerio?

Doris apagó las velas y no respondió; de hacerlo, ya Monique no habría podido oírla.

CAPITULO VI

Doris si vio caminando por la orilla del mar embravecido. Era de noche y el cielo se desgarró, abriéndose los nubarrones para dejar paso a un redondo plenilunio que le produjo una angustiosa sensación de frialdad. Era una luz gélida y misteriosa que iluminó el caserón que emergía negro y tenebroso de las aguas, un caserón inaccesible para todos.

¿Cómo lo habrían edificado, construyendo una pasarela por encima de las rocas y quitándola luego? ¿Quién conocía la historia de aquel caserón?

Entre el rumor de las olas que batían los peñascos marinos oyó claramente unos cánticos que sonaban como aullidos acosados y lastimeros.

Miró con fijeza al caserón y vio que sobre las aguas en torno al mismo aparecían unas figuras fantasmagóricas que reverberaban la luz de la luna y adquirían una tonalidad amarillo grisácea.

Doris parpadeó, no comprendía. No podían ser personas normales quienes caminaban sobre las aguas... Un miedo paralizante la invadió, quiso retroceder y ¡as piernas no le obedecieron. Los cánticos ululantes que tenían como música de fondo el bramido de las olas, continuaron.

Pudo ver como aquellas figuras que danzaban alrededor del caserón, sobre las olas, como formando parte de las mismas, se acercaban a la orilla.

—¡No, nooo!

Su intento de huida resultó fallido. Sus pies, sobre aquel suelo pedregoso y húmedo, se negaban a moverse. Era como si no los tuviera, como si no fueran .suyos, mientras los fantasmas se acercaban más y más a ella hasta que comenzó a verles las caras.

Sintió que se ahogaba de espanto al ver un rostro horripilante, un rostro cadavérico con colgajos de pie!, sin ojos, y el pelo faltándole a puñados mientras sus manos descarnadas se tendían hacia ella.

—¡No, nooo! —quiso gritar, y sólo brotó un tono de súplica de su garganta aterrorizada.

Otros rostros se le acercaron. Todos eran cadavéricos, aunque algunos no estaban tan corrompidos como el primero que había llegado frente a ella. De pronto, el ahogo se hizo más y más fuerte y tuvo la impresión de que iba a morir.

—Leben, Leben...

Leben era uno de aquellos seres fantasmagóricos. Sonreía de forma maligna mientras la miraba con ojos muy abiertos, ojos que tenían vida y, al mismo tiempo, eran vidriosos.

Leben era ya un miembro más del grupo de espectros que había brotado del caserón, desplazándose sobre las aguas espumeantes, y que fueron rodeando a Doris.

—Marissa, ¿tú también, tú también?

Marissa estaba allí con su largo cabello negro y el rostro medio roto, como

si de un instante a otro una parte de la cara se fuera a separar del resto. No le respondían, sólo cantaban y su cantar era un ulular largo y lastimero.

—¡Dejadme, dejadme! —suplicó Doris deseando enloquecer y perder así la noción de cuanto estaba viviendo.

Entre aquellos fantasmas que la horripilaban, incluidas Leben y Marissa, apareció una niña, quizá ya una adolescente, que semejaba más etérea que las demás, también más alegre. Le abrieron paso y ella danzó en torno a Doris hasta que se detuvo frente a ella y se miraron a los ojos.

Doris no había visto jamás aquel rostro que la miraba intensamente y comenzaba a reír poco a poco, con una hilaridad que aumentaba en intensidad y era a la vez maligna e hiriente.

Las carcajadas de aquella adolescente se metieron en su cráneo, le hicieran daño. Rebotaban de un lado a otro dentro de su cerebro y tuvo la impresión de que iba a enloquecer.

—¡No, no, dejadme, dejadme! —suplicó, llevándoselas manos a las orejas para no oír más aquellas carcajadas y aquellos aullidos quejumbrosos.

Doris se sintió cogida por brazos y piernas, por ¡nanos cuyo simple contacto la helaban, y tanto y tanto la helaban que sentía como sí la estuvieran quemando.

La alzaron del suelo y se vio llevada en volandas por aquellos seres de ultratumba a ras de orilla. La niña iba delante, riendo, como marcando el camino a los demás. Doris nada podía hacer por escapar, se sentía atada, encadenada por su propio terror paralizante.

Miró hacia lo alto y vio la gran luna redonda, luna llena entre nubes desgarradas, como asomándose en su palco estelar para ver lo que estaba sucediendo.

Llegaron al cementerio vacío y se internaron en el. Doris no sabía cómo podría escapar. Se sentía prisionera de los horripilantes fantasmas de ultratumba que habían escapado del caserón del mar.

La descendieron y descendieron y entonces se percató de que la hundían más y más en una fosa abierta en aquel maldito cementerio donde nadie que lo conociera desearía ser sepultado.

Al fin, su espalda tocó el fondo y las manos que la sujetaban la soltaron. Arriba, rodeándola, vio las siniestras cabezas cadavéricas, casi fosforescentes. Leben reía, también Marissa y otros seres desconocidos. La adolescente era quien reía más y más fuerte. De pronto, ella, precisamente ella, tomó un puñado de tierra y se la arrojó al rostro.

—¡Ah, aaah!

Doris quiso escapar de la losa, más no podía ponerse en pie, sólo conseguía mover su espalda. Los demás imitaron a la chica adolescente y comenzaron a echar tierra y más tierra sobre su cuerpo con la evidente intención de sepultarla.

—¡No, no, no!

Al fin, Doris sacó fuerzas, quizá del tuétano de sus huesos, y logró

incorporarse sacudiendo la cabeza y abriendo mucho los ojos como para librarse de la tierra que tratara de cubrirlos.

Faltándole el aire, se descubrió a sí misma sentada en la cama, una cama desconocida en una habitación igualmente desconocida, A su lado, Monique dormía profundamente.

Estaba empapada de sudor y el miedo seguía oprimiendo su corazón como si futra un cepo de acero candente. Por la ventana entraba luz de luna yunque no en gran intensidad.

Envidió el sueño tan profundo de Monique, mas no quiso volver a tenderse en el lecho por miedo a dormirse y caer otra vez en la horrenda pesadilla.

Sentada, trató de recuperarse. Ya más tranquilizada y no deseando dormirse otra vez pese a que eran las tres de la madrugada, optó por abandonar el lecho. Se puso el jersey por encima, sin preocuparse de los pantalones y despacio salió del cuarto. Allí encerrada, con los ojos abiertos, no iba a poder aguantar hasta que amaneciera un nuevo día.

Procurando no hacer ruido, avanzo por un corredor oscuro, casi tanteando con las manos.

Llegó al salón donde había un candelabro de tres las encendido y también la chimenea. Descubrió entonces la cabeza de Arthur por encima del respaldo de una butaca y se le acercó hasta descubrir que estaba leyendo un libro.

El se giró de pronto y sus miradas se encontraron. Doris se creyó obligada a disculparse por el sigilo empleado para acercarse.

—No podía dormir, he tenido una pesadilla.

—¿Te has tranquilizado ya?

—Un poco. Tengo frío, creo que en la pesadilla he sudado.

—Estás nerviosa y tienes motivos. Has visto morir a tu amiga.

—Ha sido horrible y en el sueño la he visto como si la tuviera ahora mismo delante.

—Eso es normal. Anda, siéntate.

Le acercó una butaca junto a la suya. Doris se acomodó y alargó sus piernas desnudas para recibir el calor del fuego.

—Mañana, con la luz del día, todo será distinto. La tormenta ha cesado, hace viento pero va ha aparecido la luna entre las nubes.

—Sí, ya la he visto por la ventana. En la pesadilla también había salido la luna y yo estaba cerca del agua. He visto el caserón siniestro y de él han salido unos fantasmas.

—Tu sueño es producto de lo que yo te he contado sobre la leyenda del caserón.

—Es posible, pero Leben era uno de esos fantasmas y también Marissa.

—¿La chica que fue a avisar a los demás del campamento?

—Sí. Ella estaba muerta, con la cara como partida, Ha sido horrible y. sobre todo, una chica muy joven, casi una niña, que se reía. He pasado un miedo atroz.

—Tranquilízate, sólo era una pesadilla.

—Es que era tan real... Querían enterrarme en el cementerio vacío; me habían introducido en una fosa y me echaban tierra encima mientras reían y reían, especialmente aquella niña

—¿Una niña, seguro?

—Bueno, casi una niña, una adolescente no muy alta, no sé cómo decirlo.

Arthur pasó las hojas del libro que estuviera leyendo hasta detenerse en un punto donde una fotografía ocupaba toda la página. Era el retrato de una adolescente.

—¿Esta?

—¿Cómo es posible? —exclamó Doris ahogadamente—. ¡Sí, sí, era ella!

—Las pesadillas de horror nocturnas son todavía un misterio para quienes tratan de descifrarlas. Psicólogos, psiquiatras, religiosos, muchos lo intentan e incluso creen haberlo conseguido.

—¿Cómo es posible que sea ella? Porque es ella, no me cabe duda.

—Yo escribí este libro.

—¿Tú?

—Sí. Hice un estudio sobre chicas secuestradas y asesinadas en el Reino Unido, Puede parecer un libro escandaloso, de fácil venta; en realidad lo ha sido, más no era ésa mi intención.

—¿Lo escribiste por ella?

—Sí, se llamaba Priscila.

—¿La secuestraron?

—Sí, hace algunos años. Ella y yo éramos muy amigos, bueno, casi más que amigos. Besos, caricias, nos queríamos y yo deseaba venir a vacacionar a este lugar porque sabía que la encontraría a ella.

—¿Y ocurrió el secuestro?

—Sí. Cuando yo vine, ya había pasado todo, pero más tarde hice muchas preguntas.

—¿Y quién la secuestró?

—Se capturó a un hombre, un norirlandés, ex marinero, un bracero del mar expulsado de varios barcos. Era un indeseable y había estado varias veces en prisión. Pasó por aquí buscando trabajo, no iban ya muy bien las cosas por esta zona y no lo obtuvo; no obstante, se metió entre los peñascos y estuvo recogiendo marisco durante unos días, un trabajo difícil y arriesgado. Consiguió algunas capturas y las vendió. Sacó algo de dinero y se fue a emborracharse a la taberna donde vosotros estuvisteis. Luego, desapareció y Priscila ya no volvió a su casa.

—¿Vino la policía?

—Sí, fue avisada y capturaron al hombre ya en Southampton. Había huido, le interrogaron y acabó confesando que encontró a Priscila, que iba borracho y no supo bien lo que hacía. El caso es que la violó y la mató,

—¡Qué horror!

—Le preguntaron dónde estaba el cadáver y él condujo a la policía al cementerio vacío donde, según él, la había sepultado.

—¿La encontraron?
—El asesino señaló el lugar y cavaron. Efectivamente, la tierra estaba algo suelta, pero sólo encontraron restos del vestido de Priscila, la muchacha no estaba. El hombre enloqueció y poco tiempo después, fallecía. En realidad, los psiquiatras dijeron que bebía en exceso para arrancarse el gran dolor de cabeza que lo atenazaba, causado por un tumor. Murió sin que llegara a ser juzgado ni condenado.
—¿Y no se encontró a la niña?
—No, pese a que buscaron en distintos lugares. Quedé vivamente impresionado por lo sucedido, era mí Priscila y todos me aconsejaron que no preguntara nada, que ella no volvería.
—Lo comprendo y tú siempre has creído que el cadáver de Priscila estará en el caserón del mar.
—Sé que parece fantástico, pero...
—Tú deseas ir allá y verlo con tus propios ojos.
—Sí.
—¿Aun pensando que puedes encontrarle con un espectáculo horrible?
—Sí.
Doris suspiró.
—Después de lo que he soñado, ahora siento más pánico. ¿Cómo te explicas que ella haya salido en mis sueños, si no la he visto jamás?
—No lo sé. Si te dijera que su espíritu se ha puesto en contacto con el tuyo mientras dormías, creerías que soy espiritista y, la verdad, no lo soy. Lo cierto es que suceden muchos hechos inexplicables, hechos a los que la ciencia no encuentra explicación. ¿Has oído hablar de esos seres que son vistos en dos lugares distintos al mismo tiempo?
—¿El don de la ubicuidad?
—Sí.
—Creía que eran fantasías.
—Todo pueden ser fantasías, pero suceden montones de casos extrañísimos. Ese cementerio y el caserón en el mar están unidos por extraño y diabólico lazo. Quien es enterrado en ese cementerio, desaparece, y la leyenda asegura que los muertos del cementerio van a parar al caserón.
—Pero, hay algo más, ¿verdad?
—No te tortures, Doris.
—¿Por qué no quieres decírmelo?
—En realidad, no sé nada, yo sólo quiero ir al caserón.
—¿Para ver si está Priscila?
—Si respondo que sí, me tomarás por un loco.
—¿Loco? ¿Y yo, que la he visto en mi pesadilla sin conocerla?
—Quizá la viste en algún periódico, publicaron su fotografía,
—Pero tú no estarás tranquilo hasta que hayas pisado el interior del caserón.
—Es posible. Cuando los vecinos hablan del cementerio vacío, lo que

ocurre muy raramente porque nadie desea ni mencionarlo, dicen que los muertos se han marchado al caserón y están allí. Lo cierto es que ni mis abuelos ni mis padres recuerdan haber enterrado a ningún familiar allá, de modo que sólo son leyendas, no se ha podido comprobar nada.

—Pero, Priscila...

—Una suposición. El asesino dijo que la había sepultado en el cementerio vacío y se hallaron restos de su vestido, pero a ella no se la encontró jamás.

—¿La policía no buscó en el caserón?

—Sí, fueron en un helicóptero y descendieron por una escalerilla. Estuvieron dentro y luego salieron.

—Entonces, la policía ya vio que allí dentro no había nada.

—Es lo que dijeron.

—Si la policía no halló nada, ¿qué esperas encontrar tú?

—Cuando la policía descendió con el helicóptero, el caserón estaba medio cubierto por las aguas, no pudieron ver gran cosa. Supieron que allí no podía estar porque no se podía entrar. La puerta estaba cerrada y para entrar había que hacerlo por las ventanas a las que no se llega desde el agua. Hay que entrar cuando el agua esté totalmente fuera, que se pueda ir andando.

—Si es tan inaccesible, ¿cómo pudieron construirlo?

—Su construcción se pierde en el tiempo. Se comenta que, antiguamente, ese islote afloraba más por encima de las aguas y que luego, un día que hubo temblores de tierra, se hundió y quedó inaccesible, tal como está.

—¿No hay nada de cierto?

—'No hay testimonios escritos, si es a lo que te refieres y nadie lia reclamado jamás su propiedad. Ese caserón ni siquiera aparece en los registros de la propiedad. Sus primitivos moradores desaparecieron; quizá, cuando se hundió en el mar, no consiguieron alcanzar la orilla y perecieron. Aquellos eran otros tiempos, hace ocho, nueve, quizá diez siglos. Son demasiados años para saber lo que pudo ocurrir en ese caserón que los vecinos de la aldea siempre han considerado maldito. Desde entonces, su historia ha estado unida al cementerio vacío del que nadie ha querido saber nada. Cuando llega la gran mar muerta, los vecinos se alejan y cuando las aguas suben, regresan y no dicen nada a nadie.

—Qué misterioso es todo lo que me cuentas sobre ese caserón y el cementerio vacío.

—Cuando mi padre se casó, mi madre le puso la condición de que no vivirían aquí. Ella no podía soportar la visión de ese caserón en el mar; en las noches de plenilunio se ve demasiado siniestro.

—Tengo la impresión de que algo maligno flota en el ambiente y que la muerte de Leben ha tenido que ver con eso que no se ve ni se toca pero se siente.

—Pudo ser un accidente.

—Aparentemente fue un desgraciado accidente, pero demasiado estúpido. Si Leben dejó mal el freno de mano, ¿por qué el coche no comenzó a

deslizarse antes hacia atrás?

—Nunca se sabe. Una contracción al enfriarse el automóvil es suficiente para hacer saltar un diente del engranaje mal colocado.

—¿Y la desaparición del cadáver que sepultamos en el cementerio?

—Sí, eso SÍ es inexplicable.

Arthur Tanner se levantó. Tomó unos leños y los puso en la chimenea, reavivando el fuego.

—¿Tienes frío? —preguntó mirando las piernas de la joven totalmente desnudas, unas piernas bien torneadas y de piel suave, una piel que Arthur pensó debía estar perfumada, unas piernas que atraían poderosamente.

—No, no tengo frío ahora —respondió Doris, consciente de que aquel hombre joven, alto, de cabello castaño, cierto aire místico y muy inteligente, la estaba acariciando con sus profundos ojos azules. Le agradó, no hizo ningún gesto para ocultarse ni revelador de que se sintiera molesta. Desde el primer instante, Arthur les había gustado a todas.

—No estás casado, ¿verdad?

—No.

—¿No tienes una chica con la que desees casarte?

—No. Parece que me sometas a un interrogatorio. —Sacó un cigarrillo de una cajetilla y pregunto—: ¿Quieres?

—No, ahora no.

Arthur encendió su cigarrillo con una de las brasas de la chimenea.

—Tú practicas el amor libre, ¿verdad?

—No, no es eso. Soy una mujer libre, sin cadenas de ninguna clase, pero estás equivocado si piensas que al salir en las roulottes con los compañeros de escuela de arte lo que hacemos son camas redondas.

—No he dicho tanto.

—Algunos, al vernos juntos, lo piensan y se equivocan. Vamos juntos como amigos y compañeros. Si un chico y una chica quieren hacer el amor, es asunto suyo.

—No he preguntado nada en concreto.

—Sin embargo, te diré que no he hecho el amor con ninguno de ellos y no es porque sea frígida.

—No pareces una mujer interesada por el matrimonio.

—Soy una mujer interesada por el amor y la amistad, no por las cadenas. Si alguna vez me uno a un hombre, me gustará que mi trabajo tenga algo que ver con el sayo. Si se trabaja en cosas distintas, termina uno separándose, por alejarse primero y desconocerse después. Seguir cada uno su vida para coincidir sólo a la hora de dormir, me parece idiota, ha de haber algo más.

—A mí tampoco me gustan esos matrimonios donde cada cual vive su vida y se encuentran únicamente en !a cama. Viajan por separado y cuando llega un niño, el hombre se pregunta si es suyo. Por cierto, ¿cuál es tu faceta artística?

—Dibujo.

—Si tus dibujos son buenos, pueden encajar en la editorial, allí siempre hay dibujantes colaboradores. No ganan mucho pero a cambio tienen libertad, no necesitan marcar ficha.

—No he hecho aún la peregrinación por las redacciones de las editoriales, pero me han advertido que es difícil, hay muchos dibujantes.

—Pero si habrás tenido que oír muchas veces: «¿Quieres acostarte conmigo?»

—Sí, algunas.

—Mañana será un día largo. Luego, vendrá la noche, la madrugada y al fin, la gran mar muerta. Después, ¿quién sabe? Dicen que abrir la puerta de la cuarta dimensión es meterse en lo desconocido y hundirse en la locura. Quién sabe lo que pasará una vez hayamos llegado al caserón.

—¿Por qué lo dices? Es como si tuvieras el tiempo contado y después de llegar al caserón ya fuera el fin.

Arthur se le acercó. Le tomó el mentón, se alzó y besó los labios de Doris con suavidad

Ella no le rechazó y al abrir de nuevo los ojos se encontró con las azules del hombre que preguntó:

—Si te dijera « ¿quieres acostarte conmigo?», ¿qué me contestarías?

—Si se trata de una broma..

—¿Y si no fuera en broma ?

—Es que así, en frío...

Arthur le desabrochó el jersey, dejando la tibia piel al descubierto. Alzó su mano y acarició los hermosos senos de la muchacha que semicerró los párpados y se estremeció, retrepándose en la butaca. Notó como las manos del hombre pasaban por todo su cuerpo, deteniéndose especialmente en las zonas erógenas.

—Arthur, Arthur...

Volvió a besarla sin dejar de acariciarla y con voz ronca muy pegados sus labios al oído femenino, inquirió:

—¿Quieres que hagamos el amor?

—No preguntes, no preguntes... ¿No te has dado cuenta de que me seduces, de que me dominas?

Arthur se apartó de ella para extender una manta en el suelo, delante de la chimenea. Sin que él pidiera nada, Doris abandonó la butaca y «aleó sobre la manta entre susurros y tenues gemidos. Dejando que el cabello cayera a ambos lados de su rostro, buscó la cara de él, besándolo, frotando sus mejillas contra las masculinas.

—Arthur, Arthur, a tu lado no tengo miedo.

El la enlazó por la cintura y la dobló hacia atrás. Sus rostros se juntaron, besándose ahora con pasión mientras el fuego chisporroteaba alegre.

Afuera, el cielo volvía a cerrarse, ocultando a la Luna. La visión del maligno caserón desapareció, pero seguía estando allí, rodeado por las rugientes olas que batían contra los arrecifes rocosos.

CAPITULO VII

Cuando Yiddy Foyers se levantó, con los primeros rayos del día, fue al salón en busca del teléfono. Lo descolgó y comenzó a llamar sin resultado.

—¿Nada?

Se volvió y descubrió a Doris que se hallaba tendida en el sofá, cubierta por una manta, mientras estiraba los brazos perezosamente.

—Nada, no hay línea.

—Tendremos que ir a buscar otro teléfono —opinó Doris.

—Sí, pero ¿dónde está ese otro teléfono? —se lamentó Yiddy. De pronto, preguntó—: Pero ¿no te habías ido a dormir junto a Monique?

—Sí, lo malo es que tomó somníferos y roncaba mucho.

—Ah. ¿Y el listo?

—¿Te refieres a Arthur?

—¿A quién, si no?

—No sé, creo que ha ido a ver cómo está su caballo.

—¿No tiene coche?

—No lo sé, él utiliza el caballo que su tía le tiene listo, un caballo muy bonito.

—Sí, muy bonito, pero yo prefiero un coche.

—Es que Arthur no va por la carretera a caballo, sino por estos parajes que seguramente ahora estarán encharcados.

—¿Llueve aún?

—No lo sé, de madrugada terminó la tormenta.

Yiddy Foyers, lanzando una última ojeada a la bella Doris, se acercó a la ventana y miró hacia el exterior.

—'Está cubierto y chispea un poco, nada importante. Tengo hambre, veremos que hay por la cocina para desayunar.

Doris no le dijo nada, Yiddy desapareció en el interior de la cocina. Por su parte, ella se envolvió en la manta y abandonó el salón.

Minutos más tarde, calzado con botas y cubierto por el largo chubasquero oscuro, llegó Arthur que olfateó el aire.

—Huele bien a café y a tocino... ¿Doris o Monique?

—Yiddy. —El joven empleado de pompas fúnebres asomó por la puerta de la cocina—. Si esperas que las chicas contenten tu estómago, estás apañado. Las muchachas de ahora creen que con contentar el sexo ya tienen bastante y están equivocadas.

—No está de más que nosotros... sepamos cocinar un poco. Aunque a muchos reyecitos de su casa no les guste, cada vez impera más el fifty-fifty. A mí, personalmente, no me molesta; creo que es justo y hay que tomárselo con naturalidad.

—A mí, eso del fifty-fifty no me gusta.

—¿Por qué, quieres que la mujer sea tu esclava?

—No, no es eso, pero si les das el fifty-fifty terminan mandando ellas al cien por cien. Oye, ¿dónde está el teléfono más próximo? El tuyo no funciona.

—Sí, ya lo he comprobado yo antes de salir.

—¿Y dónde hay otro?

—No lo sé, quizá en la taberna.

No tardaron en aparecer Doris y Monique, como atraídas por el excelente olor del café y también del tocino que Yiddy estaba pasando por la sartén.

—¡Cabeza de panocha, tenías cualidades ocultas! —aplaudió Monique.

—Si no fuera porque soy bien parecido, me contrataría como cocinero en un barco de pesca de altura.

—¿Y qué tiene que ver el que tú creas ser bien parecido? —le preguntó Monique.

—Como no permiten mujeres a bordo, podría tener problemas —ironizó mientras un bote con leche comenzaba a hervir y la espuma alcanzaba el borde con intenciones de desbordarlo.

Desayunaron. Doris observó que Arthur estaba algo sombrío y le preguntó:

—¿Ocurre algo malo?

—Los caminos están intransitables. Ha caído mucha agua y volverá a caer.

—Hay algo más, ¿verdad?

—Pues... —Vaciló en contar lo que había hecho, al fin se decidió—. He estado buscando a Leben.

Monique, vivamente interesada, inquirió:

—¿La has encontrado?

—No aparece por parte alguna. Es posible que el agua de la tormenta, formando torrentera, la haya arrastrado hacia el mar.

—Cada vez se complica más la situación, no sé qué le vamos a contar a la policía.

Arthur suspiró.

—Pienso que antes de comunicaros con la policía deberéis pensar bien lo que vais a decirle. Me temo que os vais a meter en un buen lío contando que una chica sufrió un accidente de automóvil y que luego el cadáver ha desaparecido. Cuando menos, pensarán que uno de vosotros conducía el coche que la atropelló y que luego la habéis hecho desaparecer.

—¿Por qué habríamos de hacerla desaparecer? —Preguntó Monique—. Si llamamos a la policía, no tiene objeto.

—Sí, si se pretende llenar de heridas un cadáver para que no quede muy claro cómo recibió el golpe que la mató. Si Leben ha sido arrastrada al mar, pensad que la costa está llena de rocas.

—Claro, está destrozada —observó Yiddy.

—Eso es, destrozada —admitió Arthur—. Bueno, creo que habrá que ir a avisar a vuestros compañeros de campamento.

—Es extraño que no hayan venido ya por aquí —opinó Doris.

—No es fácil —respondió Arthur—. Hay tramos de camino que sí admiten

el paso de un coche, pero otros están tan llenos de agua que no es aconsejable, pueden quedar atrapados. Ahora iré yo con mi caballo y me comunicaré con ellos.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Doris.

—¿Conmigo?

—Sí, a la grupa de tu caballo, si no te molesta.

—No, claro que no, partiremos ahora.

—¿Y nosotros? —preguntó Monique.

—Podéis esperar a que regresemos —le dijo Doris.

—Con el caballo no tardaremos en volver, sobre una hora poco más o menos.

—Bien —aprobó Yiddy—. Tendré tiempo de ver si el furgón está en orden y si se puede avanzar hacia la taberna para telefonear. Mi tío ya habrá dado la alarma a la policía para que me busquen, se creerá que me he fugado con la muerta.

Se echó a reír y su risa se borró al ver que su chiste macabro no divertía a nadie.

Arthur proporcionó a Doris un impermeable y así protegidos contra la lluvia, ambos se dirigieron al pequeño establo que la casa tenía en uno de sus lados.

—Es un caballo bonito.

—Muy dócil y apto para la monta en silla.

Arthur se enfrentó a Doris y la cogió por la cintura. Ambos se miraron y la joven sonrió.

—Si no sucede nada, pasado mañana te pediré que vengas a Edimburgo.

—¿Y si no voy?

—¿Me dejarás ir adonde tu vayas?

Ante aquella respuesta, Doris le enlazó por el cuello y lo besó en los labios.

—Si nada sucede como tú dices, iré contigo a Edimburgo y peregrinaré por las editoriales buscando trabajo como dibujante.

—Donde yo estoy, seguro que encontrarás empleo.

La subió sobre la grupa del caballo y luego, montó él a horcajadas.

—Cógete bien a mi cintura, el viaje puede resultar incómodo.

Salieron a la calle. El caballo apenas hacía ruido con sus herraduras de goma. Llegaron al final de la pendiente donde se había formado un gran charco que el caballo rebasó sin dificultad, salpicando en torno suyo.

—¿Por aquí crees que ha desaparecido Leben? —Doris señaló un punto donde las aguas que descendían por la calle se iban al mar.

—Sí. He estado mirando y no hay ni rastro de Leben.

Instintivamente, Doris miró hacia el caserón que se hallaba dentro del mar, inaccesible aún. A Doris le parecía increíble que toda aquella agua que batía contra la playa rocosa pudiera retirarse dejando el paso libre hasta el caserón.

—Pero ¿tú lo has visto seco alguna vez? Me refiero a todo este espacio

entre la orilla y el caserón.

—No, no lo he visto nunca.

—Entonces, ¿cómo puedes estar tan seguro de que este agua se retirará como si fueras un Moisés huyendo de los egipcios?

—Es que yo no la haré retirar, serán la Luna y el Sol. Verás como toda esta masa de agua se retirará. Los cálculos hechos sobre la gran marea muerta merecen toda mi confianza. Aquí, los desniveles de las mareas son muy pronunciados. Si el pueblo no estuviera en alto, cuando llega la gran pleamar quedaría cubierto por las aguas. Yo he visto pleamares que producen escalofríos. Las gentes de la zona las conocen muy bien y no hay embarcación segura en muchas millas al norte y al sur de esta aldea.

—Eh, ¿no vamos por la pista forestal?

—No, llegaremos antes por el atajo.

—¿El atajo que pasa entre el cementerio y el mar?

—Sí.

—¿No será peligroso?

—No creo. El mar ya ha acusado hoy una gran marea baja, hay mucho espacio para pasar.

Lo que a Doris no le gustaba era pasar junto al cementerio, a cuya altura llegó el caballo. Pasaron de largo y desde la grupa, Doris pudo ver el viejo ataúd que ellos mismos desenterraran y que ahora estaba lleno de agua de lluvia. Al ver la fosa abierta, se estremeció y recordó su pesadilla. Le horrorizó la idea de ser introducida en una fosa como aquélla y que estando viva le fueran echando tierra encima tal como ocurriera en el horripilante sueño que al despertar la había llevado a los brazos de Arthur Tanner.

—¡Mira, Doris!

Comenzaba a llover con algo más de fuerza, pero los impermeables grandes y holgados les protegían. Doris preguntó:

—¿Adónde?

—A tu derecha, hacia el mar.

—Dios mío, si es una roulotte...

—Sí, eso parece.

Doris tuvo que agarrarse fuerte para no caer, ya que Arthur puso su caballo al trote, sorteando las rocas hasta llegar al lugar de la acampada.

—¡La roulotte está dentro del mar, rota entre las rocas!

—Qué horror... ¿Crees que estarán dentro?

—No lo sé, ahí afuera sólo hay un coche.

—Falta una roulotte, un coche y la furgoneta Mercedes».

—¿Dónde supones que pueden estar?

—Lo ignoro, quizá han ido a avisar a la policía o a pedir socorro.

—Esperemos que así sea. Se están produciendo demasiados hechos trágicos, va a ser muy difícil explicarlos.

—¿Qué haremos ahora?

—Quédate aquí. —Arthur saltó al suelo—. El caballo es dócil, ponte sobre

la silla de montar a horcajadas.

—¿Y tú?

—Tengo que hacer. —Y miró significativamente la roulotte.

—No, Arthur, no lo intentes. ¿Has visto como está el mar batiendo las rocas?

—Sí y también veo como se balancea la roulotte, destrozada como si fuera una cáscara de nuez en un río turbulento.

—¿Pediremos ayuda?

—Es posible que cuando esa ayuda llegue ya sea tarde.

Obligó a Doris a colocarse bien sobre el caballo y él se acercó primero al automóvil, buscando algo significativo en él. No encontró nada de particular a excepción de las llaves que estaban puestas. Probó a ponerlo en marcha, pero no funcionó.

—¿Le sucede algo? —preguntó Doris en voz alta.

—Parece que la batería está descargada, no funciona.

Arthur avanzó hacia la orilla. Al llegar a ella, se volvió para decir:

—Si me sucede algo, ve a la aldea y dile a Yiddy que venga.

Al ver que las botas de Arthur tocaban ya el agua del mar, Doris gritó:

—No lo hagas, no lo hagas, es inútil que te arriesgues, lo que haya ocurrido ya no tendrá remedio.

—No temas.

Se fue adentrando en el mar. Saltó sobre una roca y una ola batió entre sus piernas. Arthur Tanner no se intimidó y saltó sobre otra roca. La roulotte aún estaba lejos y era consciente de que con botas y chubasquero no podría nadar si caía al agua.

Calculó la llegada de una ola que fue barriendo las rocas amenazantes y telíferas. Esperó a que rompiera y entonces salto sobre otra roca, utilizándola sólo para da se impulso. Repitió el salto por tres veces hasta quedar junto a la roulotte cuando batía otra ola. Arthur perdió pie y se hundió a causa de un balanceo de la roulotte.

Sobre el caballo de pelaje gris, Doris ahogó un grito de terror. Arthur reapareció aferrado a la roulotte que no se había hundido porque se hallaba cogida en parte entre varias rocas. Luchando en el agua, Arthur logró llegar hasta la portezuela. Forcejeando con ella, la abrió y penetró en la roulotte reptando.

Otra ola la sacudió, de tal forma que Arthur se vio lanzado de un lado a otro. Entonces, se desequilibró, cerrándose la puerta como si la roulotte acabara de convertirse en una trampa para el hombre.

Arthur intuyó, o quizá fue su sexto sentido el que lo captó, que algo maligno flotaba en el ambiente. De un patadón, arrancó la portezuela de la abollada roulotte que en la parte que había quedado bajo el agua estaba destrozada.

Tras comprobar que ahí dentro no había nadie, luchó por salir de la roulotte cuando otra ola más fuerte la empujó definitivamente fuera de las

rocas donde se apoyaba.

Arthur saltó afuera, agarrándose a uno de los peñascos marinos, sin poder impedir que una ola lo rebasara por completo y empujara definitivamente a la roulotte que comenzó a hundirse como un bote con el casco destrozado.

Doris deseaba ayudar a Arthur que estaba en situación muy peligrosa, luchando entre las rocas y contra las olas.

Arthur luchó desesperadamente para trepar a una de las rocas y al fin lo consiguió. Sabía que el peligro estaba en que las olas lo dominaran, empujándolo una y otra vez contra las rocas para acabar destrozándolo.

Saltó y logró llegar a otra roca. En tres saltos más, apoyándose siempre sobre rocas, llegó adonde no cubría cuando una ola le alcanzó por la espalda derribándole.

El mar, al retirarse, barrio la arena entre las rocas y Arthur tuvo la impresión de que tiraban de sus pies para retornarlo al interior del mar. Clavo sus dedos en la arena, aferrándose con fuerza. Gateó y antes de que llegara una nueva ola, se puso fuera de su alcance.

Terminó sentándose en el suelo, dándose la vuelta y mirando al mar que parecía tener vida y que rugía, ahora impotente al no poder darle alcance.

—Arthur, Arthur, ¿estás bien?

Doris había saltado al suelo y vio las manos de Arthur ensangrentadas.

—No te preocupes, no es nada. Estas malditas rocas cortan como cuchillos.

—¿Qué puedo hacer para curarte?

—¿Llevas botiquín en el coche?

—No lo sé, iré a ver.

Doris corrió hacia el automóvil y al poco regresó con un pequeño botiquín de mano que abrió, haciéndole una primera cura de urgencia.

—Hay que vendarte las manos, tienes muchos cortes.

—Esas rocas son muy traicioneras. Cortan y destrozan, matan a quien se arriesga aventurándose entre ellas.

—No se detiene la sangre —dijo asustada.

—Venda fuerte. Si el maligno que domina todo esto quiere llevárseme, no le será fácil.

—¿Qué quieres decir, Arthur, que quieres decir?

—Nada, nada, venda fuerte. Hay que cortar esta sangría.

—Sí, sí.

Le vendó fuerte para impedir que la sangre fluyera entre los cortes abiertos en las manos, cortes que las rocas le habían inferido cuando Arthur se agarraba a ellas para no ser engullido por las aguas.

—Estás hecho una pena, lleno de cortes, manchado de sangre y chorreando agua por todas partes. Hace frío pese al mes en que estamos, será mejor que regresemos a la aldea en seguida.

—Sí, será mejor regresar para cambiarme.

Miró hacia donde debía estar la roulotte y apenas se veía ya una línea recta, se había hundido entre rocas. Poco a poco iría despedazándose hasta

desaparecer. El agua, batiendo contra las rocas, lo hacía desaparecer todo.

Subieron al caballo y se alejaron de aquel lugar donde sólo quedaba un coche abandonado y averiado como único signo de que allí habían acampado.

CAPÍTULO VIII

Monique estuvo deambulando por la casa. Había mirado hacia el mar, pero optó por correr las cortinas al ver el siniestro caserón levantado en el mar,

Yiddy Foyers, procedente de la calle, retornó a la casa encontrando a la joven en el salón.

—¿Todavía no han regresado? —preguntó el escocés.

—No, aún no,

—¿No te has movido de aquí?

—No, no me he movido.

—Pues yo me voy a ir ahora mismo.

—¿Adónde?

—A la taberna.

—¿Podrás llegar?

—Sí. Podría ir a pie pero iré en el furgón.

—No podrás pasar.

—Ya veremos. He estado midiendo la profundidad de las primeras charcas y creo que podré pasar. Un coche quedaría metido dentro, tienen la panza más baja, pero el furgón está más elevado del suelo y las ruedas son más grandes. Creo que podré rebasar las charcas; de todos modos, si veo alguna muy profunda, continuare a pie.

—¿Por qué no esperas a que vengan ellos?

—Es demasiado esperar; todavía estamos esperando a que regrese Marissa. No, yo me voy, tengo que avisar a la policía. Ya estoy metido en un buen lío, pero si denuncio yo mismo la desaparición del cadáver no será igual que si la denuncia la hace mi tío y me encuentran a mí sin la muerta. Veremos cómo termina todo este embrollo.

—No irás a dejarme sola aquí,..

—Si dices que vendrán en seguida, no entiendo qué puedes temer, pero si prefieres venir conmigo...

—No, no, esperaré.

—Tú misma. Lo que es yo no espero más, ya estoy cansado de hacer siempre lo que me digan. Si alguien me robó el cadáver que transportaba, la policía lo encontrará.

Monique vio partir a Yiddy Foyers y se encogió de hombros. En realidad, Yiddy tenía aire de cretino, casi de psicópata. De todos modos, era medio idiota, se dijo, y trató de olvidarse de él esperando que Arthur y Doris llegaran pronto.

Yiddy Foyers salió a la calle, lloviznaba ligeramente. Se metió dentro del furgón e hizo marcha atrás para efectuar una maniobra. Dio la vuelta en el espacio corto que tenía y aceleró en descenso para salir de la aldea.

Pasó sobre la gran charca que había al pie de la empinada calle y produjo una doble cortina de agua a derecha e izquierda. El agua llegó hasta la panza

del furgón, pero rebasó sin dificultad lo que podría denominarse pequeño lago y siguió adelante dando botes mientras las ruedas rebasaban los baches que se presentaban ame él.

—Ya lo decía yo, si soy un tío.

Se puso contento tras su primer éxito al rebasar una charca que parecía insalvable para un vehículo a motor vulgar y corriente. Pulsó la cassette y comenzó a sonar la música de los Rolling Stones que él prefería.

—Cuando llegue la policía, todos esos gamberros se la van a cargar, ya lo creo que sí. Me dieron droga para beber, sino no hubiese caído junto a la fosa. Luego, hicieron ver que enterraban el cadáver pero se lo llevaron. ¿Para qué? Ah, esos que toman drogas son muy retorcidos. Saldría en los periódicos si gracias a mí se descubriera la banda de los Mason ingleses...

Iba hablando solo en voz alta con la música de los Rolling Stones de fondo mientras el furgón rodaba rápido dando tumbos hasta que se enfrentó con una nueva gran charca. Pisó el freno, la contempló a través del cristal parabrisas y silbó de admiración.

—Veremos si se puede salvar...

Abrió la portezuela y saltó al suelo. Mientras, sin que él pudiera verlo ni oírlo, comenzó a levantarse la tapa del ataúd que iba en la caja del furgón. El féretro, pulgada a pulgada, se abría en la oscuridad mientras Yiddy Foyers comenzaba a caminar, internándose en la charca.

En principio, se subió las perneras de los pantalones para tomar precauciones, pero comenzó a hundirse por encima del tobillo y no tardó en mojarse los pantalones.

—Puñetas, sí que hay agua aquí —gruñó, preocupado.

El furgón fúnebre se puso en marcha, avanzó apenas sin ruido y después dio un acelerón. Yiddy Foyers se volvió para ver lo que sucedía y tuvo tiempo de presenciar como el furgón se abalanzaba hacia él.

—¡¡No!! —gritó, poniendo sus manos por delante.

Atrapado en el agua con los pies en el barro del fondo, Yiddy apenas pudo moverse cuando el furgón le golpeó, tumbándolo y pasando por encima de él. Herido de muerte, Yiddy manoteó en el agua.

El furgón, que se había detenido antes de llegar al final de la charca, puso marcha atrás, ahora lentamente. Yiddy, ya medio destrozado, asomando su rostro en el agua, le vio venir hacia él sin poder escapar.

—¡¡Nooo!!

El vehículo llegó a su altura y prosiguió montando sus ruedas sobre el cuerpo de su víctima que quedó atrapada, hundida en el fondo de la charca. Asomaron las manos de Yiddy agitándose, agarrándose al furgón mientras brotaban unas burbujas de aire hacia lo alto Después, las manos desaparecieron bajo el agua como el resto del cuerpo que no se veía debido a la fangosidad del lugar.

Monique consultó su reloj. El tiempo pasaba y no les veía regresar. Bajó la escalera dispuesta a asomarse a la calle para verles venir desde lejos. No le

gustaba haberse quedado sola en la aldea tras la marcha del furgón fúnebre.

Se sentía nerviosa y lo atribuía a su soledad; sin embargo, tenía la impresión de que algo no funcionaba bien, de que no estaba sola. Tras ella, una sombra se agitó, una sombra que no pudo ver.

Cuando notó una respiración tras su nuca, ya era tarde. Quiso revolverse, pero en aquel instante algo negro la envolvió por completo.

Un saco de lona plastificada cayó sobre su cabeza, engullendo su cuerpo hasta la cintura.

—¡¡Socorro, auxilio!! —gritó desesperadamente. Su voz quedó ahogada dentro del saco del que trató de escapar sin conseguirlo.

Un puño muy duro la golpeó en el vientre y bajo las costillas, quitándole la respiración mientras le introducían los brazos dentro del saco y una cuerda se lo ceñía a la cintura.

Monique buscó desesperadamente una salida para sus manos. Inútil. La cuerda que cerraba la boca del saco había sido bestialmente apretada y le había quitado incluso la respiración.

Golpeó contra el saco sin conseguir nada, sus dedos eran incapaces de romper aquella lona plastificada.

De pronto, se sintió izada en el aire y cargada sobre unos hombros. El ser que la había raptado echó a andar, llevándosela.

—¡Auxilio, socorro!

El puño volvió a golpearla en el rostro a través del saco y acalló sus gritos., Monique sintió la dureza del golpe y quedó medio aturdida mientras por sus labios reventados escapaba la sangre.

Pese a no ver nada, notó que entraban en una casa. Escucho el ruido de los goznes de una puerta y luego ésta se cerró. Subieron unas escaleras y a! fin, la lanzaron al suelo.

Monique dio un chillido de dolor por la mala caída, tuvo la impresión de que le habían roto un codo. No podía moverse y todo le dolía. Quien la había raptado era un ser despiadado que parecía disfrutar con el dolor ajeno.

Pese a su deprimente estado, Monique trató de luchar cuando le desabrocharon los pantalones y les descalzaron los pies. Comprendió lo que iba a suceder y su resistencia fue en balde porque su cabeza y sus manos, dentro del saco, no podían luchar y no veía la forma de liberarse de aquella especie de cepo que incluso le impedía ver.

Le agarraron las perneras de los pantalones y se los quitaron a sacudidas. Luego, el slip fue arrancado de un zarpazo.

—¡¡Nooo!!

Un puño volvió a encontrarle la cabeza a través del saco. Así, sufriendo golpes, fue ultrajada sin poder evitarlo. Notó que la sangre llenaba su boca, tosió y comenzó a notar que le faltaba el aire tan precioso para la vida y que le habían limitado con aquella bolsa impermeable de la que no podía escapar.

Trató de rasgarla con las uñas, quiso morderla y no fue suficiente. Su mente comenzó a enturbiarse y en un espasmo de rebeldía contra la muerte,

comenzó a golpear con sus puños.

Las fuerzas la abandonaron y, poco a poco, perdió la conciencia en medio de un intenso dolor de cabeza.

—Asesino, asesino, asesino —siseó antes de que sus labios, reventados y bañados en sangre, se cerraran para no decir nada más.

CAPITULO IX

—Qué raro, no están —observó Doris al no ver el furgón funerario en la calle principal de la aldea marinera.

—Es posible que hayan ido a avisar a la policía —dijo Arthur.

—¿Y qué haremos?

—Nada, esperar a que regresen y también la policía,

—¿No tienen nada que ocultar, Arthur?

—En absoluto y es mejor que venga la policía.

—Sí, tienes razón —suspiro—. Ellos averiguarán el porqué de la desaparición del cadáver y también es necesario que no se acuse a nadie de la muerte de Leben.

—Tus amigos tendrán que regresar para explicar lo ocurrido a la roulotte.

—Si dices que no había nadie dentro...

—Yo no he visto a nadie, pero cuando el mar se ha llevado la roulotte, alguien podía hallarse en su interior y al tratar de huir puede haber sufrido lo que yo pero con peor final.

—Es verdad, esta costa es criminal.

—Sí, ciertamente lo es. Anda, reaviva el fuego, me hace falta.

—En seguida te preparare café y leche.

Arthur se desnudó sin preocupaciones delante de Doris.

—Voy a tomar una ducha caliente, ahora vuelvo.

—Cuídate las manos —le dijo Doris.

—No haré nuda. Cuando salga de la ducha le harás otra cura a estos malditos cortes.

—Sí, claro que sí. ¿Te duelen?

—No, no mucho. Son molestos pero podía haber sido peor.

Arthur fue hacia el cuarto de aseo y encendió el calentador de gas para ducharse con agua caliente.

Doris puso leña en la chimenea y como había rescoldos, no tardó en prender. Las llamas se alzaron rápidamente y pensó que aquél había sido su año más frío en vacaciones.

Se dirigió a la cocina para preparar café y leche para Arthur cuando su instinto la alertó de algo extraño. Sus ojos se fueron hacia la puerta que se hallaba en lo alto de la escalera que separaba el bajo de la planta doble de la edificación.

Se acercó a la puerta sin hacer ruido y cerró de golpe, produciendo un portazo. Después, pasó el cerrojo. Suspiró y encogiéndose de hombros, se alejó. Sin que ella pudiera verlo, el pomo de la puerta comenzó a moverse a derecha e izquierda, alguien lo manejaba desde d otro lado, más no logró abrir la puerta que tenía el cerrojo puesto.

Doris, más tranquila, en la propia chimenea preparó la leche con café. También dejó en la mesita una botella de whisky que encontró.

Arthur reapareció enfundado en una bata. Doris lo miró y sonrió. ¿Amaba ya a Arthur? A tal pregunta tenía que responder con un sí categórico. Se había enamorado de él nada más verle. Era un hombre singular, de aspecto místico y viril, que sabía arriesgarse cuando la ocasión lo requería como había demostrado al llegar hasta la roulotte para comprobar si había alguien dentro que pudiera correr peligro.

Arthur no se parecía a Bob y tampoco a Walker, a René ni a Danny, no se parecía a ninguno de sus amigos. Entonces fue cuando Doris comprendió la necesidad de aparejarse.

—¿Qué miras con tanta atención? —preguntó él.

—A ti.

—¿Tan mal estoy?

—Para mí estás muy bien. Anda, dime dónde tienes el botiquín.

—En el cuarto de aseo. —Mostró sus manos, vendadas y empapadas en agua y sangre.

—Yo lo traigo. Siéntate cerca del fuego y tómate lo que hay en el vaso sin rechistar.

—A la orden, mi comandante —respondió él burlón, sentándose en la butaca que ella le había preparado ante la chimenea.

Doris regresó con un montón de útiles, vendas y fármacos del botiquín y los esparció sobre una mesita. Cortó las vendas y se enfrentó con aquellas manos llenas de cortes.

—Parece imposible que te hayas podido hacer tantos cortes con esas malditas rocas.

—Están llenas de aristas cortantes, el agua las afila.

Limpió las heridas, las espolvoreó con un desinfectante y terminó vendándolas.

—Has tenido suerte dejando de sangrar tan pronto.

—Los cortes no son profundos.

—Parecen hechos con un cuchillo.

Arthur levantó sus dos manos vendadas y sonriendo, dijo:

—Parezco un boxeador antes de que le pongan los guantes.

—¿Encima tienes ganas de broma?

—¿Y por qué no? Anda, dame de beber que yo no puedo con estas manos.

—Golfo, que sí que puedes, lo que intentas es que te mime —protestó ella riendo.

—Quizá sea eso. —Arthur miró en derredor y luego propuso—: Mientras esperamos a que regresen Yiddy y Monique te puedo leer algo de m¡ libro y tú puedes dibujarme a mí, así sabrás cómo escribo y yo sabré cómo dibujas tú.

—De acuerdo, si encuentro algo para dibujar. Todos mis papeles estaban en esa roulotte que se ha hundido en el agua.

—¿También tu maleta?

—Sí.

—Así que no tienes más que lo puesto...

—Eso es.
—Tendrás que llamar a alguna parte para que te envíen algo, ¿no?
—A ninguna parte. Vivía independiente en un apartamento alquilado a medias con Marissa, un apartamento chiquito. AI salir de vacaciones lo dejamos, la verdad es que no perdíamos nada. Pagábamos mucho y no tenía las mínimas condiciones indispensables. En este momento no tengo más que lo puesto y el bolso con la documentación y unas pocas libras.
—Un buen estado para comenzar una nueva vida. Espera, ahora te traigo algo para dibujar.
Arthur se fue y al poco regresó con un bloc y unos lápices.
—Toma, es lo que usaba yo cuando me aburría aquí claro que carecía de tu sentido artístico para el dibujo.
—No te precipites, aún no has visto mis dibujos.
Arthur tomó su libro y comenzó a leer por el principio.
—No, eso no —le cortó Doris.
—¿Qué, entonces?
—Lee todo lo referente a Priscila.
—¿Te interesa?
—Si esa chica te interesó tanto a ti que deseas ir al caserón del mar para ver si está allí, ¿por qué no?
—Está bien.
Pasó hojas y se detuvo en el capítulo en que se relataba la vida de Priscila.
«Al Oeste de Inglaterra, frente a una costa hostil donde tantos han dejado su vida, se levanta una aldea cuyos orígenes se pierden en el tiempo...»
Arthur siguió leyendo y Doris, escuchándole, fue dibujando los perfiles del rostro masculino. Así, fue pasando el tiempo sin que la policía ni Monique o Yiddy Foyers aparecieran.
«Se rastreó la zona, se buscó en el caserón perdido que se levanta en el mar, siempre inundado por las aguas y batido por las olas, resistente al paso de los siglos, de paredes muy gruesas, piedra sobre piedra, y con los tejados hundidos en parte...»
—Ha pasado mucho tiempo y no regresan —observó Doris, inquieta.
—Es cierto., pero no vamos a salir a buscarlos. Si se les ha atascado el furgón pueden regresar a pie, no hay mucha distancia, claro que con el tiempo transcurrido podían haber ido y vuelto andando.
—¿Puede haberles pasado algo?
—No creo. Quizá en la taberna se han encontrado también con que el teléfono no funcionaba y se han ido más lejos, a la carretera grande, para llamar desde otra parte, quién sabe lo que pueden haber hecho. Nosotros vamos a comer y a dormir.
—¿Dormir?
—Sí, hemos de dormir. A la madrugada me levantaré para ir hacia el caserón,
—Te acompaño.

—En ese caso, podemos dormir juntos, si no te importa.
—Claro que no, Arthur, claro que no.

* * *

Doris dormía profundamente cuando Arthur la sacudió con ternura.
—Humm...
—Es la hora, si quieres venir.
—Ah, Arthur, eres tú...
—¿Esperabas que fuera otro?
Doris le enlazó el cuello y lo atrajo hacia sí. Lo besó los labios con ansiedad.
—No, no, otra vez no, ahora hay que salir —la calmó Arthur—. Sólo se puede presenciar una gran mar muerta cada muchos años.
—Si es el gran momento, vamos.
Media hora más tarde salieron de la casa. La calle estaba oscura, silenciosa. El cielo se había despejado y la luna, en cuarto menguante, aparecía bien visible.
Descendieron calle abajo hasta llegar a la orilla del mar y Arthur le hizo observar:
—Fíjate, ya han comenzado a retirarse las aguas.
—Es cierto.
—Ahora, sólo tenemos que ir avanzando hacia el caserón.
—Todavía no puedo creer que toda esta agua se retire.
—Pronto verás lo que es una gran mar muerta, es uno de los fenómenos más espectaculares que se producen en nuestro planeta. La luna ejerce un extraordinario poder sobre nuestros mares.
Los cálculos elaborados con mucha antelación por parte de Arthur fueron exactos. El agua se retiraba lenta pero progresivamente, dejando al descubierto los peñascos que tantas barcas habían destrozado.
Cogidos de la mano, fueron avanzando. Era como sí tuvieran un mágico poder sobre el mar y le obligaran a retirarse para que ellos pudieran seguir caminando.
Doris sentía una gran excitación al acercarse al siniestro caserón pétreo que un día fuera edificado en el islote que luego se hundió en parte bajo las aguas a causa de un terremoto. Iban casi pisando el agua, paso a paso, y al fin llegaron a lo que parecía imposible, el pétreo caserón que tanto y tanto había resistido.
—Arthur, tengo miedo —confesó trémula.
Llegaron ante la gran puerta que permanecía en parte sumergida en las aguas, encarada con la costa de modo que no recibía los embates del océano. Estaba llena de musgo, lo mismo que las piedras de los alrededores.
—¿Crees que podremos abrirla?
—La leyenda dice que cuando el agua desaparece en torno al caserón, la

puerta se abre y los muertos aquí recluidos salen hacia la aldea. Antes de que las aguas suban, ellos regresan a su encierro.

Doris respiró hondo. No podía dejarse influir por aquellas palabras, no podía creer que la puerta se abriera y por ella aparecieran los muertos. Mas, de pronto, la puerta comenzó a moverse sola...

—¡Arthur! —La mano femenina se crispó sobre la del hombre.

—Tranquila, es un efecto físico. El agua del interior se ha marchado por los agujeros que tiene el caserón; ya no ejerce presión sobre la puerta desde el interior y ésta se abre.

Arthur empujó la puerta, abriéndola por completo,

—Vamos a entrar, no tengas miedo.

Se adentraron en el caserón. Arthur encendió una linterna.

—¡Arthur!

—¿Qué sucede?

—¡Algo se ha movido debajo de mis pies!

—Serán crustáceos, cangrejos que aquí dentro se encuentran protegidos.

—Tengo miedo... ¿No serán peligrosos?

Arthur pensó que si había muchos cangrejos sí podían resultar peligrosos. Enfocó hacia las paredes y barrió el suelo, descubriendo diversos crustáceos, cangrejos y langostas.

—Allí hay una escalera, subamos.

Ascendieron por una escalera pétrea pegada a la pared, con gran riesgo de caer. Al fin, llegaron a una ventana y Doris miró hacia el exterior.

—¡Arthur, Arthur, alguien se acerca!

Arthur se asomó tras apagar la linterna. Un hombre avanzaba con dos caballerías cargadas con grandes fardos bien sujetos.

—Viene hacia aquí, ¿quién será? Ese hombre sabía lo que iba a ocurrir con las aguas.

—Así es —admitió Arthur.

El desconocido llegó ante la puerta y comenzó a descargar los bultos que transportaba a lomos de los caballos, fardos que fue arrojando al interior del caserón. Arthur y Doris, pegados a la pared, ocultos en la oscuridad, observaban.

El recién llegado, tras descargar los fardos, llevó una maleta pesada que puso bajo la escalera donde se hallaban Doris y Arthur.

Arthur comenzó a descender lentamente por la escalera; de pronto, el hombre le descubrió y quedaron frente a frente. Arthur lo iluminó de lleno con su linterna.

—¡Míster Dennis!

—¡Idiota! —rugió el hombre descubierto.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Arthur bajando totalmente la escalera.

Míster Dennis desnudó una navaja y arremetió contra Arthur que se defendió golpeándole en la cabeza con la linterna. Le desarmó mientras el

hombre se golpeaba en el cráneo contra un canto de la escalera.

Arthur iluminó uno de los fardos y descubrió un rostro de mujer.

—¡Monique!

—¿Monique? —repitió Doris.

Arthur se encaró con el hombre tendido en el suelo.

—¿Qué ha hecho usted, qué ha hecho? —rugió.

—Mi hija Priscila está aquí, aquí, nadie podrá decir que no está aquí... Moriremos todos, todos.. —Y se echó a reír estentóreamente.

Arthur Tanner comprendió que el padre de la muchacha raptada y asesinada había enloquecido. Míster Dennis se arrastró hasta la maleta y accionó un resorte.

—¡Doris, corre, corre!

Arthur la cogió de la mano y la obligó a correr hacia el exterior.

—¡Sigue corriendo y no mires atrás, corre!

Llegaban a lo que había sido la orilla cuando se produjo la gran explosión.

La maleta cargada con explosivo plástico hizo que los deteriorados muros del caserón se vinieran abajo, sepultando toda la macabra carga allí depositada.

—Arthur, Arthur, ¿qué ha sido? —sollozó Doris.

—Era míster Dennis, el padre de Priscila. No aportó bien lo que le ocurrió a Priscila y enloqueció, el quiso mantener la leyenda,

—No lo entiendo.

—Verás, él debió encontrar a su hija ames que nadie, es algo que yo siempre he sospechado, pero no quería decirlo. Míster Dennis no quiso que nadie viera como había quedado su Priscila y dejó que la leyenda subsistiera, que todos creyeran que los muertos del cementerio vacío van al caserón. Por lo visto, estaba en la taberna; os siguió y vio lo que pasaba. Quizá desenterró el cadáver de Yiddy mientras él dormía, a toda costa quería mantener la leyenda y ahora, hacerla desaparecer. Sólo su mente psicopática pudo llegar a comprender los motivos que le han conducido a este horror. Lo que no podía suponer es que asesinaría a Monique y a otros, porque había más cadáveres.

—¿Qué haremos ahora?

—Dejar que las aguas suban y olvidar. ¿Cómo se puede explicar la locura de un hombre que ha desaparecido en medio de la explosión provocada por él mismo?

—Es verdad, sería difícil explicar todo esto, es como una locura en la madrugada.

El sol comenzó a aparecer por el horizonte, a su espalda.

—Vámonos, vámonos de aquí —pidió Arthur—. Ya le escribiré a mi tía desde Edimburgo.

Doris miró hacia atrás, El agua, seguía muy lejos y el caserón era ya un montón de ruinas pétreas que las aguas, a las pocas horas, cubrirían. Ya nadie más volvería a ver el caserón emergiendo siniestro en el mar, como una amenaza diabólica.

FIN